

**DE CONSTRUCTIONE: LENGUA Y LITERATURA TÉCNICA
EN LAS ETIMOLOGÍAS DE ISIDORO DE SEVILLA
(A PROPÓSITO DE UNOS TRABAJOS RECIENTES DE MONTERO
CARTELLE 2001 Y 2003)**

ISABEL VELÁZQUEZ
Dpto. Filología Latina
Universidad Complutense

RESUMEN

En este artículo voy a hablar sobre la clasificación que dan las Etimologías de Isidoro de Sevilla, como un texto «literario»; y a partir de ahí y considerándolo texto literario con el trasfondo tecnológico y científico usual en latín: Me voy a referir específicamente a los términos relaciones con el tema de la construcción (*de constructione*). Este trabajo está basado en estudios recientes y propuestas estudiadas por Montero Cartelle (2001 y 2003).

ABSTRACT

In this article I will talk about the classification of the Etymologies of Isidorus of Seville as a «literary product»; hence referring to them as a literary piece with in the Latin technological and scientific scene. I will specifically refer to the technical terms related to the construction site (*de constructione*). This work is based upon the recent works and premises published by Montero Cartelle (2001 y 2003).

A la invitación del Dr. González Blanco para participar en el homenaje al Dr. Ulbert no podía por menos que aceptar y sentirme especialmente honrada por ello. Por este motivo he considerado oportuno presentar un tema en el que he estado trabajando últimamente —en realidad desde

siempre he estado trabajando en él—¹, que me parece que puede ser de interés del Dr. Ulbert, aunque sea desde el campo de la Filología Latina y no de la Arqueología o Historia de la Antigüedad Tardía o Edad Media. Pienso, sin riesgo a equivocarme, que su *humanitas* le llevará sin ninguna duda a interesarse por cualquier tema, aunque sea marginal en relación con las importantes aportaciones que han contribuido en este volumen para rendirle homenaje.

1. PRESUPUESTOS

La exposición que pretendo desarrollar aquí parte de la clasificación de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla como un «producto literario», en concreto una enciclopedia, adscrita al género literario practicado por la ciencia filológica, en la línea de las grandes obras enciclopédicas gramaticales (y también anticuaristas) cultivadas desde Varrón. Este tipo de obras puede considerarse como lo que algunos estudiosos consideran «textos especializados» de áreas de conocimiento particulares y están próximas a la investigación especulativa, propia de la literatura científica. Materias como la gramática, la filosofía, la ciencia jurídica, la política, la matemática o la física teórica pueden considerarse ciencias y las obras que versan sobre ellas incluirse dentro de la denominada literatura científica. Conviene distinguir ésta de la denominada literatura técnica, aquella que se refiere a áreas de conocimiento que hoy en día podemos considerar también científicas y/o de investigación aplicada como la arquitectura y la ingeniería, la medicina o el arte de la guerra; en definitiva parcelas del conocimiento que los antiguos clasificaban como *artes* (las *honestae*, pero *inferiores artes*), dado que su práctica exigía una actividad manual llevada a cabo por el *artifex*, frente a la disquisición especulativa y el razonamiento puramente teórico, cuyo máximo exponente son las *artes liberales*, las que después constituirán el *trivium* y *quadrivium* medievales, es decir, gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música y astronomía, y, como más alto grado de perfección, la filosofía.

Sin embargo, la amplitud de temas tratados en las *Etimologías* y, en concreto, los libros dedicados a lo que puede denominarse «cultura material», además de algunos otros como el libro 4 dedicado a la medicina o el libro 11 dedicado al hombre, sin abandonar su característica de enciclopedia filológica —por ser su formato y línea fundamental el léxico y, por tanto, el estudio lexicográfico y etimológico de los términos—, pueden adscribirse también o vincularse muy estrechamente a las obras de pertenecientes a la denominada literatura (siempre prosa) técnica de la literatura latina, aunque ahora en época tardoantigua y siendo las *Etimologías* quizá la última obra de este tipo antes de la Edad Media. Podríamos decir que esta obra es la última de la Antigüedad y la primera de la Edad Media, si nos atenemos a su concepción y a su repercusión y utilización posteriores.

A pesar de que a veces se tiende a identificar textos científicos con textos técnicos, existen diferencias entre unos y otros. En unos trabajos recientes, MONTERO CARTELLE (2001 y 2003) ha expuesto con sólidos argumentos y claridad meridiana cuáles son las características básicas de la literatura técnica y su diferencia con la literatura científica². Este autor (2003) se

1 Este estudio se basa en algunas reflexiones derivadas del libro que será publicado próximamente titulado *Latine dicitur, uulgo uocant. Aspectos de la lengua escrita y hablada en las obras gramaticales de Isidoro de Sevilla*, Logroño 2003, Fundación San Millán de la Cogolla (en adelante VELÁZQUEZ 2003). Sobre las cuestiones de léxico que aquí se abordan, además del glosario que se incluye en este libro, véase también VELÁZQUEZ 1994 y 1997.

2 La bibliografía sobre estas cuestiones es abundante y pueden citarse fundamentalmente DE MEO 1986; ANDRÉ 1986; FLEURY 1990; CALLEBAT 1990 y 1995; MONTERO CARTELLE 1997; y las ediciones comentadas y traducidas de los diferentes libros de Vitruvio, publicados por Les Belles Lettres y que se citan en la bibliografía entre las ediciones, así como la de Gross —Corso— Romano 1997.

centra fundamentalmente en los autores técnicos tardíos de agricultura, como Paladio, en comparación con su modelo Columela; arquitectura como Faventino, en comparación con Vitruvio; arte militar como Vegecio, en comparación con Frontino; medicina, como Vindiciano, Teodoro Prisciano, Celio Aureliano o Casio Félix, en comparación con las obras de Celso y Plinio; arte culinario como los *excerpta* de Apicio del s. IV-V o el atribuido a Vinidario, del siglo VI, en comparación con lo que pudo ser la obra original de Apicio, el *De re coquinaria*.

Asimismo analiza (MONTERO CARTELLE 2001) la presencia o no de elementos considerados tradicionalmente como «vulgarismos» en las obras de literatura técnica, especialmente a propósito de la obra de Celso. Advierte este autor que en los estudios sobre literatura técnica latina suele ser una constante la indicación de que hay «elementos vulgares», sobre todo a nivel léxico y sintáctico³. Por «vulgarismo» entiende «las desviaciones de los cánones de la lengua literaria de la época clásica que reflejan una realidad cotidiana y oral que nosotros sólo podemos atisbar a través de los textos escritos». Por tanto, debe diferenciarse de forma precisa el vulgarismo del tecnicismo, en tanto que «expresión o uso lingüístico que posee un significado específico dentro de la lengua de una técnica en la cual tiene una distribución de uso propia que es dominio de una determinada categoría de personas competentes».

Partiendo, pues, de estos presupuestos, podemos adentrarnos en la consideración de la obra de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, en el sentido de si debe adscribirse a un tipo de literatura científica (en la que incluyo disciplinas como la filología, la gramática, la filosofía, matemáticas, etc.) o técnica (o a ambas), y dentro de ellas a qué tipología se adecua más, en relación con los precedentes de la literatura clásica y tardía, así como a la presencia de tecnicismos en ella, frente a lo que podrían considerarse como vulgarismos⁴. No pretendo abarcar tema tan complejo, que llevaría muy lejos y habría que realizar un análisis detallado de la obra, sino plantear algunas sugerencias y reflexiones sobre la cuestión, a la luz de las propuestas citadas de Montero Cartelle y, centrándome, en una parte muy concreta de la obra, la relativa a la «construcción»⁵, sobre la que Isidoro habla en el libro 19, aunque hay que tener en cuenta también la parte dedicada a los edificios en el libro 15.

3 Califica incluso de «patética» la situación cuando los estudiosos encuentran vulgarismos en un autor como Celso, de quien el propio Columela decía (9.2.1): *nec elegantius quam Celso*, y que puede considerarse «el autor técnico más representativo de la prosa elegante».

4 No voy a entrar ahora en la consideración de la presencia de vulgarismos en las *Etimologías*, que llevaría este trabajo lejos de su propósito. Remito para ello al citado estudio VELÁZQUEZ 2003, en especial a los apartados 4.3.1 y 4.3.2, con bibliografía específica. Muy especialmente también al artículo de BIVILLE 1995. Simplemente debo señalar que Isidoro utiliza *uulgus* para referirse a la lengua comúnmente hablada; si, dentro de ella, considera que los términos proceden de incorrecciones o de usos que se apartan de lo que considera norma lingüística, suele advertirlo mediante adverbios del tipo *corrupte* o *abusiue*, u otro tipo de calificaciones que expresan esa «desviación» de la corrección. Por el carácter técnico de los ejemplos que aquí se van a exponer, no suelen darse ese tipo de «vulgarismos», lo cual reafirma las consideraciones que acabo de exponer en relación con los citados trabajos de MONTERO CARTELLE. Esto no quiere decir que no haya términos «vulgares» dentro del lenguaje técnico que considero se da en las *Etimologías*, sino que mayoritariamente esos términos vulgares aparecen vinculados al lenguaje técnico y adoptados como tecnicismos, aunque su uso proceda de la lengua plenamente hablada o de niveles coloquiales de la misma, o del vocabulario usado por determinados grupos de hablantes.

5 De la que me ocupé ya hace años a propósito del concepto de *uenustas* como uno de los elementos de la *aedificatio*, cf. VELÁZQUEZ 1997.

1.1. Actitud literaria de los escritores técnicos y científicos

La primera cuestión a tener en cuenta es si los textos científicos y técnicos eran considerados por los propios latinos como literatura o no. Se trata de una perspectiva diferente a la actual sin duda alguna. Como señala MONTERO CARTELLE (2003, 260): «los textos técnico científicos, a diferencia de nuestra época, eran un género, un producto literario en el sentido de que se elaboraban de acuerdo con unas normas retóricas y una tipología distinta según el público destinatario». Y, en efecto, no consideramos hoy que un tratado de historia o un manual de biología o de filosofía o matemáticas sean literatura; la función referencial y comunicativa de este tipo de escritos prima sobre cualquier consideración de aquello que entendemos, a veces intuitivamente, como literatura. Sin pretender entrar en la cuestión de la «literariedad» de los textos, de aquellos elementos que nos hacen reconocer y distinguir una obra literaria — sea del género que sea —, de otra que no lo es, lo que sí percibimos es que el planteamiento, teórico al menos, de los escritores del mundo antiguo dedicados a las obras de contenido científico y técnico sí es un planteamiento de creación de obra literaria, lo cual no ocurre con los escritores actuales⁶. De hecho, como afirma Montero Cartelle líneas más adelante, «todo escritor, sea cual fuere el contenido de su obra, adoptaba la actitud de escritor, de autor de una obra literaria y, como tal, se sometía a las normas de la retórica y del género, como revelan muchos de ellos en sus Prólogos y en su discurso».

En este sentido, la actitud de los autores de literatura técnica, es decir, ingenieros o arquitectos, médicos, agrónomos, cocineros, estrategias militares, ya sean sólo teóricos de las *artes*, ya sean ellos mismos *artífices* y las practiquen también, persiguen conferir una dignidad a las mismas, que las pueda hacer merecedoras del conjunto de conocimientos que deben quedar incorporados en la educación del hombre libre, junto a las artes liberales. Es cierto, como indica MONTERO CARTELLE (2003, 259-260), que en los autores técnicos se observa un deseo constante de «ennoblecen el estatuto de estas artes (*sc.* las artes de las que se ocupa la literatura técnica, en oposición a las artes liberales) y su cualidad artística debido a que la actividad manual era considerada servil», pues lo que caracteriza al hombre libre es precisamente «la investigación especulativa no la práctica», motivo por el cual estos autores pretendían «ennoblecen» sus artes «con la exigencia de una educación liberal amplia, la ‘cultura enciclopédica’, las ‘artes liberales’ (que luego cuajaron en el *trivium* y el *quadrivium*), distinguiendo cuidadosamente el conocimiento y estudio de las artes, como parte de su educación liberal, frente a la práctica real del artesano que trabaja de modo práctico ese arte sin base cultural».

Pero parece que se trata de un hecho de doble dirección. No sólo quieren ennoblecer las artes (= técnicas) con la «exigencia» de que sus teóricos adquieran una educación amplia, dignificando así sus conocimientos técnicos, sino que el empeño en recalcar en las obras los conocimientos que esos tecnógrafos deben tener, incluyendo las artes liberales (= objetos de estudio científico-teórico), revela, en mi opinión, una reivindicación clara de la *dignitas* que esos mismos conocimientos técnicos poseen. Al menos creo que esa es la pretensión que tiene un Vitruvio, por ejemplo, cuando establece al comienzo del libro primero de su *De architectura* en qué consiste esta *ars* y qué cualidades debe poseer el *architectus*:

6 Aunque no siempre ha sido así. Recuerda MONTERO CARTELLE (2003, 261), cómo la *Historia de Roma* de MOMMSEN «fue motivo fundamental de un premio Nobel y todos tenemos en mente los valores literarios de Toynbee, Spengler o, por citar un eximio ejemplo español, Ortega y Gasset».

«La ciencia del arquitecto se halla complementada por muchas disciplinas y diversos conocimientos, que se perfeccionan por las demás artes. Su actividad nace de la práctica artesanal y de la tecnología. La práctica artesanal es el ejercicio continuado y frecuente de su uso, que se realiza manualmente a partir del material, cuya clase se necesita para llevar a efecto el presupuesto del diseño. La tecnología es la que puede demostrar y explicar las cosas realizadas conforme a la habilidad y la técnica. Así pues, los arquitectos que, sin cultura, tratasen de estar adiestrados con el trabajo manual, no podrían realizar una tarea que ganase el prestigio que corresponde a sus actividades; quien, en cambio, se confiase sólo a la tecnología y a la formación libresca, parecerá que persigue una sombra y no la realidad. Pero quienes se hayan instruido en ambos campos, de tal suerte equipados con todas las armas conseguirán con mayor rapidez el prestigio que constituye su propósito. Como en todas las cosas, en la arquitectura se hallan dos principios fundamentales: lo que se declara en ella y lo que a ella la declara. Lo que se declara en ella es la cosa propuesta, de la cual se habla; la demostración explicada por los sistemas de las doctrinas la declara a ella. Por este motivo se debe estar ejercitado en ambos aspectos, a fin de que le sea útil al arquitecto. Conviene además que sea hombre de talento y dócil en el aprendizaje. Pues ni el talento sin instrucción ni la instrucción sin talento pueden convertirle en un perfecto artífice. Debería ser un hombre letrado, experto en la realización de dibujos, erudito de la geometría, conocedor de muchas historias, que hubiera escuchado con sumo interés a los filósofos, que supiera música, no desconocedor de la medicina, que supiera de las respuestas de los jurisconsultos, y que tuviera conocimiento de los cálculos de la astrología y sus cálculos».

Este *desideratum* de Vitruvio en relación con las características que debe reunir un buen arquitecto, es un exponente de la reivindicación del autor y de otros estudiosos de su época por elevar las *honestae artes* a un categoría mejor que supere la dicotomía entre las *optimae artes*, las llamadas artes liberales, teóricas y alejadas del trabajo manual, de las *honestae* pero *inferiores artes*, las manuales, las que practica el *artifex* de cualquier área de trabajo que exija la realización de una actividad manual.

Una reivindicación que trataba de mostrar la realidad palpable que iba calando en los propios romanos, la dignidad de sus obras arquitectónicas y de ingeniería. La consciencia progresiva de que Roma y su civilización se expandían no sólo a través de sus composiciones literarias y de su lengua, sino a través de sus obras, majestuosas, perennes y sólidas; no siempre con una intención primordial de mostrar una belleza directa, sino la utilidad práctica de las construcciones, a las que, no obstante, no debía ni podía faltar la búsqueda de la proporción, de la *uenustas*, ese encanto o, si se quiere, belleza que nace de la armonía y del equilibrio que cualquier obra debe generar en el espectador.

Esta reivindicación vitruviana se refiere al *artifex* por excelencia en su obra, el *architectus*. Pero éste no es *stricto sensu* lo que hoy entendemos por «arquitecto», también es un ingeniero, un constructor en definitiva, cuya técnica se ha adquirido a través del conocimiento empírico de su oficio y a través de la meditación, reflexión y adquisición de conocimientos vertidos a través de las obras de sus antecesores en el oficio, de un lado, griegos incluidos, y de las diferentes áreas de conocimiento. El arquitecto —el ingeniero, el constructor en definitiva— debe ser, pues, el producto de una labor de adquisición de conocimientos teóricos y prácticos interdisciplinarios.

Esta reivindicación vitruviana muestra también, desde mi punto de vista, una cierta tensión entre los conocimientos científicos y de índole práctica de las artes, frente a la gran producción literaria, los escritos filosóficos, políticos o religiosos; una tensión que se observa en obras como el *De officiis* de Cicerón (1.150) donde, aunque se concede importancia a la *honestarum artium doctrina*, como la medicina o la arquitectura, no son parangonables a las *optimae artes*, las artes liberales, y al *studium* requerido para adquirirlas. Como se ha puesto recientemente de manifiesto (VELÁZQUEZ-ESPIGARES 2002, 384-385), esta tensión se refleja también en una conocida epístola de Séneca a Lucilio (*Epist.* 90), que contiene un elogio a la filosofía, calificada como don de los dioses y puesta en contraposición con las artes manuales y técnicas, a las cuales Séneca pretende minusvalorar porque derivan de las necesidades utilitarias, cuando no superfluas y lujosas. Sin embargo, el autor, que reivindica la suprema grandeza de la filosofía por encima de cualquier otro conocimiento y muy por encima de las artes técnicas, se «entretiene», podríamos decir, en describirnos los hallazgos y logros admirables del hombre en los avances científicos y técnicos y expone con cierto detalle y reconoce el mérito de dichos logros, aludiendo a «la construcción de edificios y casas, incluidas las de varios pisos, el hallazgo del arco de dovelas y la construcción de bóvedas, el trabajo del mármol para recubrir paredes y artesonados; la navegación y construcción de barcos de vela; la extracción de metales y explotación de minas; los avances técnicos en agricultura y el uso de instrumentos para las diferentes labores del campo; la perfección técnica en la industria textil, tanto de fabricación de telas como de procesos de teñido; la invención del torno de alfarero y la técnica del vidrio soplado; el sistema de calor de glorias a través de las paredes o el cerramiento de ventanas con materiales que dejan pasar la luz» (Velázquez-Espigares, *loc. cit.*).

Son, pues, este tipo de conocimientos los que Vitruvio reivindica y dignifica en su obra, como lo hacen también Frontino o Columela u otros autores. Es, asimismo, la reivindicación que Isidoro hará siglos más tarde de otra de las «técnicas» por excelencia. Siguiendo la estela de los enciclopedistas del siglo I —más incluso que de los autores tardíos que le sirven de modelo inmediato en muchas ocasiones—, dedicará el libro cuarto de las *Etimologías* a la Medicina, después de haberse ocupado en los tres primeros de las artes liberales, aquellas que constituirán el *trivium* y el *quadrivium* medievales. Su elogio de la Medicina y del médico recuerda al elogio del *architectus* de Vitruvio, en el sentido de que aquí el *medicus* debe poseer todos los conocimientos no sólo inherentes a su ciencia, sino dominar todo aquello que afecte al ser humano, incluidos los conocimientos de las artes liberales. Va incluso más lejos cuando afirma que la Medicina no debe incluirse entre estas últimas, porque ellas se ocupan de materias particulares, mientras que la Medicina las abarca todas, hasta el punto de considerarla una segunda filosofía, ya que si ésta sana la mente, aquella sana el cuerpo del hombre (*Etym.* 4.13).

1.2. Literatura científica y literatura técnica

Si admitimos, pues, que los textos científicos y técnicos forman parte del *corpus* literario latino, según las consideraciones antes expresadas, debemos ahora establecer la diferencia entre unos y otros. De nuevo el planteamiento de Montero Cartelle (2003, 260) nos sirve de hilo conductor. Como este autor expone, hoy en día entendemos como ciencia áreas de conocimiento que para los antiguos eran técnicas (*artes*), que exigían un trabajo manual básicamente. La literatura técnica no es propiamente la de los «textos especializados» como la filosofía, filología, ciencia política, religión o ciencias de la naturaleza, como puede verse, por ejemplo, en las *Naturales Quaestiones* de

Séneca, y mucho menos aquellos textos que, aun mostrando contenidos científicos, incluso técnicos, y perteneciendo a una literatura didáctica se adscriben a los géneros poéticos literarios, como podría ser el *De rerum natura* de Lucrecio, las Geórgicas de Virgilio o el poema de la construcción de la Vía Domitiana de Estacio. No se trata de ciencia en el sentido del «conjunto de conocimientos relativos a un campo del saber determinado, que tiene una dimensión esencialmente teórica», sino a los textos que tratan de una técnica, es decir, los procedimientos o actividades propios de un *ars* u oficio, de aplicación práctica» (MONTERO CARTELLE 2001, 577).

Puede afirmarse que los escritores de la literatura técnica (como los de la literatura científica) adoptan una actitud de escritores literarios ante sus propias obras, aunque éstas tengan una finalidad práctica; es una literatura funcional en la que predomina la *utilitas* por encima de cualquier otra consideración. Los propios autores consideran su «género literario» como más o modesto o inferior, «con el que difícilmente se puede conseguir la gloria literaria que proporcionarían una tragedia o una épica» (GÓMEZ PALLARÉS 2003, 129), pero son conscientes de que esa *utilitas* y la aportación de sus conocimientos dignifican su trabajo y, por ende, las obras que tratan de esas artes, de ahí la reivindicación vitruviana (como paradigmática) de que hablaba antes. Sin embargo, es precisamente esta actitud literaria la que les lleva a no obviar —en especial en la prosa técnica de época clásica más que tardía—, muchos de los recursos estilísticos en la expresión, a escribir dentro de los parámetros y prescripciones de la retórica, a redactar sus textos conforme a las normas de la *elocutio*, incluso en algunos autores que desdeñan estas «cualidades» en sus modelos, como sucede con Paladio frente a Columela.

Con todo, es cierto, como advierte MONTERO CARTELLE (2003, 271) que se observa una diferencia sustancial entre los autores de prosa técnica del siglo I y los de los siglos IV y V, en el sentido que acabo de comentar, es decir, los «clásicos» someten sus obras a los cánones de la retórica de forma mucho más sistemática y son conscientes de que han de procurar una elevación de estilo en el uso de la lengua, mientras que los tardíos, llevados por la funcionalidad práctica, consideran superflua o artificiosa esa elevación de estilo, incluso se la recriminan a sus modelos; hay en ellos «una tendencia a rebajar el nivel de lengua frente al nivel literario del modelo». No obstante, no por ello dejan de considerar sus obras adscritas al mismo tipo de composición y, por tanto, de «literatura» que aquellos. Se observa su actitud en el predominio del «formato» literario que adoptan en sus obras. En efecto, en la literatura técnica se presentan dos tipos fundamentales de formatos en su expresión: el manual, de fines esencialmente didácticos, de tipo práctico, ya sea en forma de repertorios, obras monográficas, epístolas, epítomes, compilaciones, etc., y la enciclopedia, destinada a una formación general cultural, por lo que suele estar dotada de una unidad intencional y tener un carácter de conjunto que supera las partes de que consta (MONTERO CARTELLE 2001, 37-38 y 2003, 261-262). Será el manual el que prevalezca en los autores tardíos, frente a la enciclopedia que es la «forma didáctica por excelencia de la cultura imperial que tan bien arraigó en época imperial y medieval». Con todo, no todos los manuales de carácter técnico-práctico pertenecen a la época tardía, muy al contrario los manuales de carácter sistemático como los de Vitruvio o Columela son manifestaciones claras de las cotas literarias más elevadas de la prosa técnica, como lo serán Plinio o Celso de la enciclopedia.

1.3. La enciclopedia como obra científica y como obra técnica

Conviene en este momento precisar que la enciclopedia es un tipo de obra no exclusivo de la prosa técnica, sino que es el «formato literario» por excelencia de la prosa filológica y de la lite-

ratura anticuarista⁷, es decir, obras cuyo carácter básico es la compilación de saberes y conocimientos, bien sea a través de un formato filológico, sobre todo lexicográfico y etimológico, bien sea a través de la colección de hechos memorables y notables acontecimientos, compilación de anécdotas, datos históricos y de las antigüedades que constituyen el pasado cultural e histórico de un pueblo. Fue Varrón el autor que dominó en la Antigüedad estos terrenos⁸ y a partir de quien en épocas sucesivas se dieron diversas obras enciclopédicas, ya sean más propiamente filológicas (incluidas obras marcadamente gramaticales), ya sean obras anticuaristas, desde los *Prata* de Suetonio, al *De verborum significatu* de Verrio Flaco, las *Noctes Atticae* de Aulo Gelio, el *De compendiosa doctrina* de Nonio Marcelo o el *De nuptiis Philologiae et Mercurii libri IX* de Marciano Capella.

En mi opinión este tipo de enciclopedias, muchas de las cuales abordan en sí mismas los estudios de las artes liberales, pueden considerarse parte de la literatura científica, al margen de sus contenidos concretos gramaticales o filológicos, en muchos casos, en cuanto que tratan del saber teórico y conceptual de esas mismas artes o de otras materias de la «investigación especulativa» según he mencionado antes. No obstante, en varias ocasiones hay concomitancias con la literatura técnica, en especial en la forma didáctica y expositiva de su discurso y en algunos rasgos o tendencias que caracterizan ambas formas en prosa, así como recursos lingüísticos que comparten, según se dirá líneas más adelante. El último eslabón de esta producción literaria serán las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla.

Precisamente sobre las enciclopedias de la prosa técnica, en concreto de las de Plinio y Celso, dice MONTERO CARTELLE (2003, 262) que son los «precedentes de los tardíos Marciano Capella o Boecio, *que caen fuera de la literatura técnica o de las Etimologías de Isidoro, que suponen otro mundo y otra mentalidad*»⁹.

Y, en efecto, las *Etimologías* constituyen «otro mundo y otra mentalidad», pero enlazan en cuanto a formato y en cuanto a intencionalidad del autor con las enciclopedias del siglo I, en especial con la citada gran obra enciclopédica de Varrón, obra filológica, y otras obras más próximas a los «textos especializados» y a la investigación especulativa, en especial en el terreno de la filología como el propio Marciano Capella o Nonio Marcelo. Abarca muchos más temas, o por mejor decir, el conjunto de conocimientos que considera necesarios para la adquisición de una cultura universal. Pero, por ello mismo, y por su didactismo se vincula a la prosa técnica de los autores clásicos, porque de ambas —prosa científica y prosa técnica— se nutre. Por el carácter práctico, compilador y sintetizador no está lejos asimismo de las obras técnicas de la prosa tardía y, de hecho, es deudora directa de algunas de ellas como de Paladio o de Cetio Faventino.

1.4. Rasgos de la lengua científico-técnica

La lengua técnica se caracteriza por algunas tendencias generales que se observan en las obras, si bien no son estáticas ni sistemáticas, pues hay que tener en cuenta la(s) materia(s) de

7 Señala BICKEL en su conocido manual (1987, 464) que «la investigación histórico-cultural de la vida propia del pueblo se desarrolló entre los romanos en unión con la filología y la gramática desde la época de los Escipiones y de los Gracos».

8 Como es sabido, se considera a L. Elio Estilón el primer anticuarista.

9 Subrayo esta apreciación, porque, aunque el autor no lo indica explícitamente, considera unas enciclopedias técnicas como precedentes del género enciclopédico cultivado por Marciano Capella y Boecio, incluso Isidoro, que no pertenecen en sí mismas a dicha literatura técnica.

que traten las obras, así como las épocas en las que los autores escriben. Ya se ha mencionado a este propósito la diferencia que se observa entre la literatura técnica del siglo I y la tardía de los siglos IV y V. La lengua técnica, pues, tiene rasgos de especificidad, denotación, univocidad y transparencia (MONTERO CARTELLE 2001, 578-580 y 2003, 262-263). Es decir, se sirve de un vocabulario específico, tecnicismos «que designan conceptos o referentes dentro de un sistema científico-técnico». Es una lengua referencial o denotativa preferentemente, frente a un mayor predominio de la lengua connotativa en la lengua literaria. Dichos términos deben ser unívocos y representar o definir un único concepto, evitando así la polisemia y la sinonimia. Los términos deben, asimismo, ser claros, exentos de ambigüedad y remitir al concepto o referente designado. Todas estas consideraciones afectan al léxico, aunque en la literatura técnica también se buscan estos mismos objetivos en cuanto a la expresión lingüística sintáctica, de manera que el discurso resulte claro, sin ambages y directo, para facilitar la transmisión de conceptos y enseñanzas que se pretenden difundir desde los tratados técnicos y científicos.

Para conseguir estos objetivos, la lengua técnica (y la científica también) se sirve de una serie de recursos lingüísticos que afectan al léxico, aunque también a la sintaxis y al estilo (MONTERO CARTELLE 2001, 582-584): neologismo, afijación, compuestos y sintagmas lexicalizados, helenismos y vulgarismos. En definitiva, mecanismos de formación de palabras usuales en la lengua latina, unos más que otros, siempre la afijación o la derivación por sufijación más que la composición, el préstamo griego más que el neologismo, pero todos son mecanismos productivos que siguen vivos en la lengua durante toda la latinidad y que son la base del léxico innovador que Isidoro introduce en sus *Etimologías*.

Todas estas apreciaciones realizadas hasta aquí, encuentran su eco en la obra de Isidoro de Sevilla en diferentes formas. De un lado Isidoro mantiene esa misma actitud de autor de obras literarias, incluidas las que podemos considerar gramaticales, entre ellas las *Etimologías*. De otro, la búsqueda de claridad, brevedad expositiva, pero sin renunciar al estilo literario, así como la normativa y corrección en la exposición son objetivos que persigue en sus obras. De otra parte, en las *Etimologías* se basa en las obras de los enciclopedistas antiguos, junto con las fuentes cristianas filosóficas, y hace de su obra un compendio del saber, de la cultura general liberal, según he comentado antes. En tanto que trata temas teóricos, en especial en los tres primeros libros dedicados a las artes liberales o en aquellos donde aborda aspectos históricos, religiosos, jurídicos, políticos, etc., se aproxima y vincula a esos «textos especializados» teóricos que cabe encuadrar dentro de la prosa científica y especulativa. Sin embargo, cuando aborda la cultura material se vincula a la literatura técnica, en especial en los libros 15 al 20. Isidoro sigue a sus modelos y, en esa línea, se adentra en la práctica y el cultivo de los respectivos géneros literarios que son propios a los diferentes temas, aunque sin apartarse de la concepción de obra gramatical, filológica, en la cual el eje fundamental de la misma es el estudio del léxico y la etimología de las palabras. Veamos algunas cuestiones al respecto.

2. ACTITUD LITERARIA Y LINGÜÍSTICA DE ISIDORO

Braulio de Zaragoza en su *Renotatio* hace un decidido elogio de Isidoro de Sevilla, *uir egregius*, y da la información más completa que tenemos de sus obras¹⁰. Hay dos pasajes dentro de

10 Véase la edición de MARTÍN 2002.

ella que interesa destacar aquí en especial, el primero en el que elogia su formación y capacidad para adaptar su forma de expresión en función de su público:

Vir in omni loquutionis genere formatus, ut imperito doctoque secundum qualitatem sermonis existeret aptus, congrua uero opportunitate loci incomparabili eloquentia clarus. Iam uero quantus sapientia fuerit ex eius diuersis studiis et elaboratis opusculis perfacile prudens lector intelligere poterit.

«Hombre formado en todo género de elocución, hasta el punto de adaptarse al nivel de la lengua, ya fuese para el ignorante o para el culto; pero, si el ambiente resultaba oportuno, brillaba con una elocuencia incomparable. Cuánta fuera su sabiduría podrá comprenderla fácilmente el lector competente en sus diversos estudios y elaborados trabajos».

El segundo, cuando habla de las *Etimologías*. Después de advertir que ha sido él quien ha distribuido la obra en veinte libros, la califica de gran compilación del saber para poner al alcance de quienes la lean todo lo que necesita saberse de las más variadas disciplinas:

Quod opus omnimodo philosophiae conueniens quisquis crebra meditatione perlegerit, non ignotus diuinarum humanarumque rerum scientia merito erit. Ibi redundans diuersarum artium elegancia, quaecumque fere scire debentur restricta collegit.

«Cualquiera que lea con suma atención y frecuencia esta obra, que contiene todos los campos de la filosofía, por su propio merecimiento no ignorará el conocimiento de las cosas divinas y humanas. En ella, en la que abunda la elegancia de las diferentes disciplinas, él recopiló de forma resumida prácticamente todo lo que debe saberse».

En estas apreciaciones se contienen los datos básicos en relación con los presupuestos antes establecidos. Isidoro es, según Braulio, un hombre culto y elocuente, conocedor de su propia lengua —la latina—, hasta el punto de servirse de ella adaptándola a los niveles de conocimiento de la misma por parte de sus interlocutores o lectores; capaz, pues, de dar muestra de una elocuencia brillante, si el ambiente resulta favorable para desplegarla, pero también de servirse de un lenguaje más llano, rústico incluso, si debe dirigirse a personas sin formación cultural o iletradas.

Dicha capacidad de adaptación se muestra en sus escritos, en los cuales se da una variación y gradación de «estilos»¹¹ en función de los contenidos y objetivos de las obras, y en función del público al que van dirigidos¹². No sin cierta tensión en ocasiones, se observa una tendencia al uso de una lengua brillante y culta, siguiendo las normas aprendidas en la retórica, tratando de evitar

11 Me refiero al estilo, o mejor, diversidad de estilos que busca Isidoro en sus obras, en función del género literario y del contenido de las mismas, no al denominado «estilo isidoriano», derivado de la obra *Synonyma*, como se conocía en la Edad Media. Sobre este «estilo isidoriano», en realidad un ejercicio escolar que ya se había hecho famoso y practicado incluso por el emperador Marco Aurelio bajo la tutela de Frontón, véase FONTAINE 1960b, 65-101; 1972, 190 y 2000, 171. Sobre su repercusión en la Edad Media hasta el Humanismo Di Capua 1922. Como afirma DÍAZ Y DÍAZ (1982, 25), Isidoro lo que hace es aplicar la técnica sinonímica «como fundamento de una obra espiritual». Y esto es lo que le da fama, y hace que el estilo sinonímico sea considerado como característicamente isidoriano en la Edad Media (VELÁZQUEZ 2003, 25 y 128-141).

12 Para las consideraciones que siguen aquí, véase VELÁZQUEZ 2003, 11-44, con bibliografía anterior. Sintetizo en estas líneas la exposición que realizo en la obra mencionada. Asimismo, FONTAINE 1960b y 2000, 345-360.

la mezcla de estilos, en definitiva la búsqueda del *ornatus* y el *splendor* (Fontaine 1960b, 80), aunque sin caer en la prosa abigarrada, preciosista y tratando de alejarse del exceso del *sermo scholasticus* en el que caían algunos de sus contemporáneos¹³. Busca el equilibrio y la armonía en sus escritos, un resultado dotado de *uenustas*, en cuanto criterio estético¹⁴, que debe huir necesariamente de la *uerbositas*¹⁵ para poder conseguirlo y para que los escritos tengan, además, la propiedad de la claridad en la exposición y la *breuitas*. Porque es ésta precisamente la cualidad que busca en ellos; al margen del estilo más o menos elevado en algunos, o de la redacción en un *sermo humilis* o *rusticus* en otros¹⁶, siempre pretende caracterizarlos de claridad, brevedad y corrección¹⁷. En resumen, en el punto de mira de Isidoro siempre está la intención de hablar y escribir *latine et perspicue*¹⁸, buscando la *proprietas* del lenguaje, aunque sin renunciar a la riqueza del mismo¹⁹. Como ya ha sido dicho en diversas ocasiones, la concepción de la gramática de Isidoro, es decir la *scientia recte loquendi* (*Etym.* 1.1.1) —la ciencia de hablar correctamente—, es una «ciencia totalitaria»²⁰, que impregna toda su obra²¹. La aplicación constante de la misma y la búsqueda de claridad tienen en última instancia el objetivo final de llegar a su público y lectores, sobre los que desplegar una labor pastoral y didáctica, que preside sus obras, y dotarlos de conocimientos básicos y fundamentales para que adquieran la capacidad de ‘comunicación vertical’ (BANNIARD 1992, 205 y 211) con el resto de la sociedad que se expresa en su misma lengua, pero que no accede directamente a los niveles más cultos de expresión de la misma y que dispone probablemente de una escasa inteligibilidad ante una conversación o un discurso o sermón que se pronunciasen en un nivel elevado, con complejidad sintáctica o léxico

13 Así, por ejemplo, el propio rey Sisebuto, de cuya prosa afirma FONTAINE (1960b, 77) que es «un galimatias grandiloquent et prétentieux». Véase también FONTAINE 2000, 351. Asimismo su estudio (1980) sobre la *Vita Desiderii*, de este mismo autor. También MARTÍN 1995 y 2000, aquí con edición crítica de esta obra.

14 Aunque, como se dirá, también es uno de los elementos que considera componentes de los edificios, junto con la *dispositio* y la *constructio*. Sobre esto, véase Velázquez 1997, con bibliografía y la edición del libro 19 de las *Etimologías* de RODRÍGUEZ PANTOJA 1995.

15 Cf. *Syn.* 2.49 *Sint uerba tua pauca. Tolle uerbositatem sermonis superflui, loquendi modum non excedas, ne immoderatione linguae incurras periculum* («Sean escasas tus palabras. Evita la verborrea de una conversación superflua, no te excedas en el modo de hablar, para no incurrir en ningún peligro a causa de la falta de moderación en la lengua»). Para un análisis de los *Synonyma*, véase FONTAINE 1965.

16 Isidoro recuerda los tres géneros de elocuencia en *Etym.* 19.17: *humile, medium, grandiloquum*. Aunque trata de evitar la mezcla de estilos, como rigen las normas de la elocuencia, en algunos casos no consigue evitarlo del todo, como ocurre en el *De origine Gothorum* (= *Historia Gothorum*) en especial en algunos párrafos de la redacción larga. El propio Isidoro advierte de cierta «interferencia» de estilos en el prefacio del *De natura rerum*, debido a la temática que en la obra se trata (FONTAINE 2000, 357). Sobre el estilo de Isidoro en esta obra, FONTAINE (1960a) dentro de la parte dedicada al «Estudio lingüístico» (*ibid.*, 85-137) de la obra en la edición crítica de la misma. Véase también el «estudio literario» (*ibid.*, 1-18).

17 La concepción teórica del estilo literario en Isidoro está heredada de las doctrinas de Cicerón y Quintiliano, pero a través de los tratados de retórica tardíos y del propio Agustín. Su deuda es especialmente con el *De Oratore* de Cicerón, el *De doctrina christiana* y *De ordine* de Agustín o *De officiis* de Ambrosio, como eco de Cicerón. Sobre esta cuestión, así como la práctica del propio Isidoro de estas concepciones teóricas, véase el análisis magistral de Fontaine 1960b. Una síntesis en *Id.* 2000, 345-348.

18 *Latine autem et perspicue loquendum*, dice Isidoro en su capítulo sobre la *elocutio* en *Etym.* 2.16. Cf. Fontaine 2000, concretamente el capítulo 17 de este libro (pp. 345-360), titulado *Latine et perspicue*.

19 Para los objetivos específicos de la *proprietas* y de la riqueza léxica, véanse respectivamente las obras *Differentiae* y *Synonyma* (VELÁZQUEZ 2003, sobre todo 61 y ss., con bibliografía anterior).

20 Como la designó ELORDUY (1936) en su trabajo titulado «San Isidoro, unidad orgánica de su educación reflejada en sus escritos, la gramática ciencia totalitaria», que Fontaine 1959, 37 cita y difunde.

21 Véase VELÁZQUEZ 2003, Capítulo I.

selecto, poco frecuente o técnico. Hay, incluso, que supeditar el placer (*delectatio*) de la escritura al objetivo fundamental, el de enseñar (*docere*)²².

Isidoro es un escritor prolífico y sus obras pertenecen a géneros muy diversos, desde las de contenido espiritual, doctrinal y exegético a las obras históricas. Dentro del conjunto ocupan un lugar particular las llamadas «obras gramaticales», aunque, en realidad, su contenido es mucho más vasto y no pueden deslindarse de ellas los contenidos morales y pastorales que también las inspiran. Me refiero a *Differentiae*, *Synonyma* y *Etymologiae* —el llamado por FONTAINE (2000, 167) «tríptico gramatical»—, que pueden considerarse como obras didácticas, porque su objetivo inmediato es la enseñanza de la gramática y la lengua latina, aunque no único.

Gracias a estas obras ‘gramaticales’ obtenemos una información muy útil sobre cómo percibía Isidoro «la corrección lingüística y la norma y qué se consideraba como tal, basándose en la información recibida a través de los escritos y fuentes que maneja, especialmente en los tratados gramaticales anteriores. El autor busca llegar a esa corrección y transmitirla a sus lectores para que aprendan a hablar y a escribir correctamente y a utilizar su lengua con propiedad y riqueza. Las tres obras gramaticales ofrecen tres distintas formas de aproximación a la lengua, en especial al léxico... Tres niveles que afectan a la *proprietas* y precisión de términos (*Differentiae*), a la riqueza y versatilidad de los mismos (*Synonyma*) y a su significado y origen (*Etymologiae*). Tres obras en las que Isidoro analiza un léxico amplio y muy diverso y ofrece informaciones y datos preciosos sobre los mismos, la mayoría de las veces copiando y trasladando lo que ha leído en otros autores y, en ocasiones, aportando reflexiones y opiniones personales» (VELÁZQUEZ 2003, 35).

3. LA OBRA ENCICLOPÉDICA DE ISIDORO: LAS ETIMOLOGÍAS

No obstante, las *Etimologías* es la obra de mayor envergadura y ambiciosa, aunque quizá el propio Isidoro no lo considerara así, y es probablemente la obra más «profana» del autor, aquella en la que se vuelve hacia la Antigüedad clásica para escudriñarla, sintetizarla y ponerla al servicio de sus coetáneos.

Es una especie de «conversión isidoriana a la cultura profana» (DÍAZ Y DÍAZ 1982, 212), con la que el autor «se ha propuesto resolver al hombre culto medio las dudas que plantea un conjunto de vocablos no usuales, cuyo interés reside en que representan momentos de una cultura, bíblica y grecolatina a la vez, que ahora le atrae y en la que reconoce la base y principio de la propia cultura» (DÍAZ Y DÍAZ 1982, 214).

Las *Etimologías* es una obra compleja, poliédrica, «inquietante», como afirma Codoñer (1991, 255). Podemos decir que se trata de una obra enciclopédica y que sigue, en cierta medida, el género de la «enciclopedia» cultivado desde obras como las de Plinio o Marciano Capella y, sin embargo, constituye un mundo aparte, como ya se ha señalado. Tratar de definir las *Etimologías* resulta difícil por la amplitud y variedad de temas tratados en los veinte libros en que se presenta dividida, según la intervención que Braulio hizo para ella. Como se recordará, el contenido de éstos es el siguiente (según la enumeración de DÍAZ Y DÍAZ 1982, 174)²³: 1: Gramática y sus partes. 2:

22 FONTAINE (1960b, 89), a propósito de los *Synonyma* señala: «Le caractère didactique de la plus grande partie de cette oeuvre y entraîne un primat absolu du *docere* qui porte gravement dommage au *delectare*».

23 No obstante, la complejidad de la obra es enorme. Ya PORZIG establecía en 1937 una división y orden distintos para la obra. Sobre la organización de la misma en *tituli* y no en libros y su estructura primitiva, véase CODONER 1995.

Retórica y dialéctica. 3: Matemática, esto es, aritmética, música, geometría y astronomía. 4: Medicina. 5: Derecho y temas de cronología. 6: Sagradas Escrituras, bibliotecas y libros, ciclos, fiestas y oficios. 7: Dios, ángeles, Santos Padres y jerarquías eclesiásticas. 8: Iglesia, sinagoga, herejes, filósofos y poetas, y otras religiones. 9: Lenguas y designaciones de pueblos, cargos y relaciones. 10: Origen de algunos nombres. 11: El hombre y sus partes, y monstruos y defectos. 12: Los animales. 13: Los elementos, mares, ríos y diluvios. 14: Geografía. 15: Ciudades, construcciones rústicas y urbanas y sistemas de medida y comunicación. 16: Mineralogía y metales, y pesos y medidas. 17: Agricultura. 18: Guerra, espectáculos y juegos. 19: Naves, pesca, oficios, edificios y vestidos. 20: Comida, bebida e instrumentos y ajuar doméstico y campesino.

Recientemente FONTAINE (2000, 176-179) ha propuesto una división temática (sin pretender reformar la división de las *Etimologías* como él mismo advierte) en la que se pueden agrupar los libros en cuatro series que evocan estructuras de enciclopedias anteriores y relaciones literarias «que difícilmente pueden ser consideradas como coincidencias formales» (*ibid.* 177). Estas series incluirían, la primera los actuales libros 1 a 5, es decir las disciplinas de lo que será el *triuuium* y *quadriuium*, más la medicina y el derecho y las divisiones de tiempos con la cronología abreviada hasta época de Sisebuto y que respondería, en parte, a las nueve disciplinas principales de Varrón (cambiando la mecánica y medicina por medicina y derecho). A partir de aquí en un orden descendente, los libros abordarían desde la religión a los aspectos más humildes de la civilización material. Así la segunda serie comprendería un tríptico religioso, formado por los actuales libros 6 a 8 (también con un orden descendente). La tercera serie comprendería los actuales libros 9 a 14, donde, con excepción del particularísimo libro 10, estaríamos ante un conjunto formado por el hombre y la naturaleza animada. La cuarta serie correspondería a los actuales libros 15 a 20, relativos a la civilización material.

3.1. La cultura material y la literatura técnica

Son los libros dedicados a la cultura material en los que podemos fijarnos para ver en qué medida Isidoro se sirve de una lengua técnica y en qué medida, estos libros pueden considerarse parte de esa literatura técnica cultivada en manuales y enciclopedias anteriores. Debe entenderse que en ningún momento se abandona el carácter de obra filológica, esencialmente gramatical, cuyo hilo conductor es el estudio de las palabras, su origen y etimología, con los que el autor pretende, en última instancia, llegar a conocer la verdad de la naturaleza y de la realidad que designan²⁴. Pero en estos libros, el contenido se vincula inevitablemente a los contenidos característicos de obras de la literatura técnica, al igual que ocurre con el libro 4 y en buena medida el libro 11, en relación con la Medicina; como los libros dedicados a animales, a los elementos de la naturaleza y la descripción geográfica (libros 12, 13 y 14) se vinculan a la prosa científica.

Consciente de que aborda temas propios de la técnica, de las artes manuales, el propio Isidoro ofrece al comienzo del libro 19 la definición de *ars* y de *artifex*. El primer capítulo del libro trata de las naves, pero se inicia de la siguiente manera:

Artium quarundam uocabula quibus aliquid fabricatur, uel instrumenta artificum, uel quae ministerium exhibent atque aliquid huiusce modi deinceps ex parte notanda studui.

24 Sobre el concepto de *origo* y *etymologia*, sobre todo FONTAINE 1978, CODONER 1992b, 1994 y 2002; SCHWEICKARD 1985; AMSLER 1989; MAGALLÓN 1996; VALASTRO 1996; VELÁZQUEZ 2003, 148-162.

Artifex generale nomen uocatur quod artem faciat, sicut aurifex qui aurum facit: faxo enim pro facio antiqui dicebant.

«Los nombres de ciertas artes utilizadas para fabricar algo, los instrumentos de los artesanos y los objetos que le prestan servicio más alguna otra cosa de ese estilo es lo que, en la parte digna de apuntarse, estudio a continuación.

El artesano ha recibido este nombre genérico porque hace un arte, igual que el orífice el que hace oro: en efecto, los antiguos decían *faxo* en lugar de *facio*»²⁵.

En las *Etimologías* se activan los recursos ya cultivados en las otras obras gramaticales, en primer lugar el de la búsqueda de la *proprietas* del lenguaje, que es el practicado en *Differentiae*, es decir, tratar de definir los términos con precisión, buscando la *designación unívoca* de la correspondencia entre término o referente y realidad; como veíamos, una de las características de la lengua técnica (y científica, desde luego). Parejo a ello, la *especificidad* del término viene aclarada con la explicación etimológica sobre el origen de la misma y su significado, una explicación que trata de dar cuenta de cómo y por qué designa ese término a tal realidad, aunque a veces sus etimologías sean incorrectas, falsas y/o populares, pero siempre buscan la *denotación* que comporta la utilización de ese término concreto.

Con similares mecanismos y uso de procedimientos formales para explicar la etimología de los términos, Isidoro acude al otro recurso lingüístico, el practicado mayoritariamente en la obra de los *Synonyma*, me refiero a la sinonimia, la cual, según se ha visto, tiende a ser eliminada en el lenguaje técnico, pues va, en principio, en contra de la univocidad del término (MONTERO CARTELLE 2001, 580). Asimismo, la elección de términos que pueden tener varios significados, de los que veremos algún ejemplo, puede inducirnos a pensar que hay una tendencia a la polisemia, que también evita la lengua técnica y/o la terminología científica, la cual siempre busca términos monoreferenciales o monosémicos.

Sin embargo, la presencia de este mecanismo de la sinonimia, o la elección de términos polisémicos, no están en función de la búsqueda de connotaciones expresivas, ni de un estilo literario variado que permita una conmutación sinonímica para obtener una riqueza léxica que pueda ser actualizada en las diferentes expresiones, sin cambio de significado, como puede ocurrir en la citada obra de los *Synonyma*, sino que, en mi opinión, lo que el autor hace es «apuntar», anotar y dar cuenta de las variaciones que para un mismo referente existen en la lengua. Es el deseo de información y exhaustividad el que le lleva a presentar diferentes términos alternativos. Pero entiéndase bien que no los maneja él de forma sinonímica, y que tampoco se sirve de un mismo término aprovechando la polisemia que pueda contener, para variar su forma propia de expresión, al menos no de forma prioritaria, no sobre el «material lingüístico» que está explicando. Se limita, pues, a constatar y presentar la realidad del léxico latino que conoce, en ocasiones contrapuesto en sí mismo, términos antiguos, frente a términos nuevos; términos «correctos» o «clásicos», frente a términos vulgares, ya sean éstos en el sentido de lengua usual, hablada y corriente, ya sean términos del ámbito rural, o ya sean términos usados *corrupte* o *abusiu*e, frente a los términos «técnicos» y precisos, o a los considerados «latinismos» correctos.

De hecho, el deseo de claridad expositiva y de explicación precisa de los términos, le lleva a tratar de diferenciar cada uno de ellos, si de sinónimos se trata, buscando explicaciones diversas

25 Sigo la edición del libro 19 de RODRÍGUEZ-PANTOJA 1995; aquí también su traducción.

para cada uno, orígenes o etimologías que permitan atisbar el porqué han llegado a usarse de forma sinónima o en qué medida se diferencian en cuanto a su uso. Veamos, por ejemplo, la definición de *gubernio*.

Etym. 19.1.4 *Gubernio qui et gubernator, quasi coibernator, quod coibeat prudentia sua iberna, id est tempestates maris.*

«*Gubernio* (capitán), quien también se denomina *gubernator*, casi como *coibernator*, porque con su prudencia controla las borrascas (*iberna*), es decir, las tempestades del mar».

Se trata de una innovación léxica en las *Etimologías*, que se documenta después en algunos glosarios (CGL V 569.51). Este neologismo aparece como doblete léxico de *gubernator*, éste introducido en el lema por medio del procedimiento habitual *qui et*²⁶ y que, en efecto, podía significar ‘capitán de la nave’, pero es un término ciertamente polisémico, ya que puede significar también el *rector ciuitatis* o *rector prouinciae*, etc. De hecho, ha sobrevivido en las lenguas romances con un carácter más genérico que el de capitán de navío. La entrada léxica que propone Isidoro es, pues, el término técnico específico de *gubernio*, restringido al área del vocabulario marítimo y de los nombres de profesiones, pero da la información de que también se designa como *gubernator*, pues esta forma se usaba del mismo modo y para ambos busca una explicación etimológica. Como indica RODRÍGUEZ-PANTOJA (1995, 36, nota 3) el sentido de la expresión sería ‘el piloto y también gobernador’.

A continuación Isidoro menciona otros términos específicos de las personas que van en la nave: *nauta*, *remex* y *epibata*. Para *nauta*, cuya explicación sobre la forma de la palabra está tomada de Serv. *Georg.* 1.137 *nauta pro nauita sicut Mauors pro Mars*, el autor explica que *nauta* es la palabra correcta (*nam rectum est nauta*), es decir, es el término específico y técnico, sin embargo, ante la presencia de *nauita* en los textos, que Festo (p. 169) considera un arcaísmo, señala que es una forma propia del lenguaje poético: *Nauta a naue per diriuationem; nauita autem pro nauta poetice dicitur, sicut Mauors pro Mars; nam rectum est nauta*²⁷.

Después de *remex*, para la que no menciona ninguna alternativa, pues se trata de un término usado específicamente como ‘remero’²⁸, da entrada a un término griego, *epibata*, que designa al ‘pasajero de un barco’, dando la correspondencia latina de *superueniens*, que es un término genérico. El término de referencia es, pues, un tecnicismo griego, que puede traducirse como calco semántico por *superueniens*, pero no podemos deducir si realmente se denominaba en latín *superueniens* al ‘pasajero’, lo cual habría sido una restricción significativa del término, incluso una «tecnificación» del mismo, al menos en este texto, o si es simplemente la equivalencia que propone Isidoro. En cualquier caso, aquí es *epibata* la palabra que estudia Isidoro y que, en efecto, en latín cristiano había llegado a dar el significado restringido de ‘pasajero’, frente al clásico de ‘soldado que combate en las naves’. Este término se oponía

26 Sobre los procedimientos formales, fundamentalmente *a/ex* + ablativo, oraciones causales, de relativo y participios, definición e identificación directa, uso de *quasi*, véase MAGALLÓN 1996, 31-322; CODOÑER 2002 y VELÁZQUEZ 2003, 187-196.

27 En la obra *Differentiae uerborum* (= *Diff.* 1) dirá: *Nauita poeticum est. Nam dictus est a nauta; sed causa metri a poetis una littera adidita est* (Cf. edición de CODOÑER 1992a).

28 Aunque, como se dice en las líneas siguientes, en época imperial podría referirse también a los soldados de las naves como *epibata*.

inicialmente a *remex*, pero las diferencias sémicas entre *epibata* y *remex* se van borrando en época imperial, y *epibata* se especializa para designar al ‘pasajero’ (Rodríguez-Pantoja 1995, 38, nota 6).

Vemos que en este breve pasaje, Isidoro se sirve, además, de dos procedimientos lingüísticos usados frecuentemente en la lengua técnica, para hallar o introducir términos específicos, unívocos y referenciales: el neologismo creado por derivación²⁹, mediante un nuevo sufijo, en *gubernio*, y el préstamo griego, *epibata*, aunque aquí muestre también la evolución semántica que el término ha ido sufriendo en la lengua latina.

3.2. La construcción como expresión de literatura técnica

Pasemos al campo de la construcción, que tomo como paradigma de lengua técnica, dentro de los diferentes temas abordados en las *Etimologías*. El lenguaje de la construcción puede considerarse un tipo de lenguaje técnico, vinculado tanto a la ingeniería como a la arquitectura, que en latín se muestra eminentemente práctico en la denominación de los diferentes elementos relativos a las partes de una construcción, ya sean obras de ingeniería, ya sean edificios; así como a las técnicas constructivas, los materiales, máquinas y oficios propios de la actividad constructiva. Como es sabido, la lengua latina ha heredado un gran caudal léxico de la griega en este ámbito, especialmente numeroso en algunas áreas concretas, como la gnomónica o ciencia de la construcción de relojes, considerada como una parte de la arquitectura; igualmente en la denominación de estilos constructivos de edificios y algunas partes de ellos o en técnicas, desde la definición del *analemma* a la mecánica y las *machinae*³⁰. Pero también se ha servido de una tecnificación de léxico propio de la lengua latina, tanto para crear equivalentes de conceptos abstractos, así las partes de la arquitectura como *distributio*, *dispositio*, *ordinatio*, etc., frente a *oeconomia*, por ejemplo, como para la denominación de elementos concretos, desde el *opus* con sus diferentes clases, para designar los tipos de construcción: *opus caementicium*, *arcuatum*, *reticulatum*, *mixtum*, etc., hasta las partes de un acueducto como el *uenter* o los *arcus*. Una buena parte de los términos, como éste de *uenter*, proceden de otros campos léxicos y han nutrido el lenguaje de la construcción y de la ingeniería y arquitectura a base de procesos metafóricos, dando lugar a un léxico variado y rico, capaz de dar cuenta con bastante detalle de la enorme diversidad de los referentes. A veces la precisión resulta escasa y, sobre todo, la descripción de ciertos elementos resulta compleja por parte de los autores, pero la necesidad de claridad en la exposición sentida por éstos ha procurado un léxico vivo y expresivo.

Isidoro en diversos capítulos de las *Etimologías*, especialmente en el libro 19 y en el 15 (sobre nombres de edificaciones), recoge de manera simplificada esa tradición lexicológica de este lenguaje técnico, presentando un panorama de conjunto de la actividad edilicia y de la ingeniería, que permitía desde la perspectiva del siglo VII recoger lo sustancial de esta área de conocimiento, en cuanto a terminología se refiere. Entre ese caudal léxico, proporciona ciertas innovaciones que

29 Como se ha visto en el pasaje citado, Isidoro utiliza la expresión *per deriuationem*. También en el uso del vocabulario metalingüístico, el autor tiende a ser preciso y a emplear términos y expresiones específicas, propias del lenguaje gramatical y bien diferenciadas entre sí. En algún caso, algunos términos o expresiones parecen conmutables —actuando sinonímicamente—, pero analizadas en detalle también se observa una especificidad clara y una tecnificación en sus ocurrencias. Sobre el vocabulario metalingüístico en las *Etimologías*, VELÁZQUEZ 2003, 162-187, con bibliografía anterior comentada.

30 Normalmente para designar cualquier clase de máquina y, en concreto, las grúas de elevación de pesos. Cf. FLEURY 1997-1998.

responden en muchos casos a usos de su época, vivos en la lengua cotidiana, de los que puede constatarse su pervivencia en lenguas romances, y muestra también los mecanismos de producción de neologismos.

Un capítulo especial dentro de la construcción es el de la construcción naval. Muy posiblemente Isidoro se ha servido de algún catálogo de naves para documentar su trabajo. En cualquier caso, ofrece informaciones interesantes sobre la nomenclatura técnica de nombres de naves, aparejos, velas, cabos. La mayoría de ellos ya conocidos; incluso podemos saber cuáles son las fuentes directas en varios casos, pero hay términos que ofrecen cambios de significado y otros que son innovaciones léxicas. Cabe señalar que algunos términos sólo encuentran corroboración en el llamado mosaico de *Althiburus*, anterior cronológicamente, pero único testimonio de ellos además de Isidoro, por lo que el valor documental de éste cobra importancia al ratificar unos términos que quedaban aislados en una u otra fuente³¹.

En *Etym.* 19.9, Isidoro señala que las partes de los edificios son tres, *dispositio*, *constructio* y *uenustas*. En rigor, no se refiere a las partes de un edificio en el sentido de partes materiales susceptibles de ser individualizadas en un edificio ya construido, sino a las etapas o fases que se pueden establecer en el proceso de construcción del mismo. Cabría decir que Isidoro ha escrito *aedificiorum partes sunt tres*, cuando debería haber cambiado el primer término por *aedificatio-nis*. Se trata de una visión simplificada de la teoría expuesta por Vitruvio, tomada en parte a través de Cetio Faventino.

Según Vitruvio 1.2.1-5, la ciencia del arquitecto, *architecti scientia*, surge de la conjunción de los siguientes elementos: 1) *ordinatio*: ordenación, parte de la arquitectura que atiende a la proporción de todos los elementos de la obra. 2) *dispositio*: disposición, atiende a la colocación adecuada y elegante de las partes de la obra. 3) *eurhythmia*: armonía, atiende a la belleza exterior del edificio. 4) *symmetria*: simetría, atiende a la armonía y proporción entre las diferentes partes de una obra 5) *decor*: conveniencia, estudia el correcto ornato de la obra, atendiendo a las normas establecidas, a las costumbres y a la naturaleza. 6) *distributio*: distribución, estudia el correcto uso de los materiales, el espacio y los gastos de la construcción de una obra.

La arquitectura como ciencia de la Antigüedad abarca, según el autor (1.3.1-2), tres partes: *aedificatio*, construcción o edificación, *gnomonice*, estudio de los relojes y *machinatio*, estudio de las máquinas. Pero la *aedificatio* debe realizarse con arreglo a tres criterios: *firmitas*, solidez, *utilitas*, utilidad, y *uenustas*, belleza³², ésta conseguida cuando la obra resultante constituye un conjunto elegante y grato a la vista y cuando la proporción de sus partes o elementos componentes están ajustados a los cálculos precisos de la simetría. Es, pues, un equilibrio y coherencia entre el aspecto y la proporción (Velázquez-Espigares 2002, s.u. *architectura*).

Cetio Faventino quien, como ha señalado MONTERO CARTELLE (2003, 270), simplifica y abrevia a Vitruvio, reprocha a éste último su prosa prolija que resulta inasequible a talentos menos dotados (*humilioribus ingeniis*), por lo que va a tratar de adaptar en un lenguaje más básico los métodos principales para los usos de la arquitectura privada (*pauca ex hiis, mediocri licet sermone, priuatis usibus ordinare fuit consilium*). De las descripciones conceptuales de Vitruvio, se pasa a definiciones escuetas y simplificadas de Faventino, más concretas en relación con la

31 Para este catálogo de naves y estudio comparativo de los términos según las fuentes existentes, véase Rodríguez-Pantoja 1975, así como la edición del libro 19 de las *Etimologías* de este autor (1995).

32 Como señala DE BRUYNE (1963, 286), «también para la arquitectura vale el principio varrónico-estoico-clásico: (*utilitate*) *prodesse et (uenustate) delectare*».

definición de los términos. No obstante, se produce una cierta anulación de matices, ya que Faventino enumera ocho partes de la arquitectura, señalando que luego los griegos la simplificaron en cinco, pero, en realidad, está agrupando como partes de la arquitectura elementos que en Vitruvio tenían una clasificación o categoría diferente. Así este autor considera que dichas partes son: *ordinatio*, *dispositio*, *uenustas*, *mensura*, *distributio*, *aedificatio*, *collocatio*, *machinatio*, frente a las tres partes de Vitruvio, *aedificatio*, *gnomonice* y *machinatio*, diferenciadas de los elementos que deben conjuntarse en toda obra, *aedificatio*, y que ya han quedado citadas también. Faventino simplifica y modifica algunos de estos conceptos, sirviéndose en ocasiones de nuevos términos abstractos que traten de explicar de forma más clara los conceptos expresados por Vitruvio. Así ocurre con *ordinatio* y *dispositio*. Mientras que Vitruvio define *ordinatio* como *modica membrorum operis commoditas separatim uniuerseque proportionis ad symmetriam comparatio*. *Haec componitur ex quantitate, quae graece posotes dicitur* («ordenación es la conveniente acomodación de los miembros de una obra por separado y la adecuación de la proporción a la simetría del conjunto. Esta se forma por la «cantidad» (=dimensión), que en griego se dice *posotes*») y *dispositio* como *rerum apta conlocatio elegansque compositionibus effectus operis cum qualitate* (disposición es la colocación idónea de los elementos y el resultado elegante de la obra con calidad), Faventino aplica el término *dispositio* para definir *ordinatio*, sintetizando el de Vitruvio, expresado mediante *commoditas* y *comparatio*: *ordinatio ergo est membrorum dispositio et constat ex quantitate, quam Graeci posota uocant*. A su vez, al definir *dispositio*, introduce unos nuevos términos, *institutio* y *forma*, frente a *conlocatio* y *elegans effectus*: *dispositio est apta rebus conclauium institutio et operis futuri forma*.

En cambio, Faventino mantiene la denominación de las *species dispositionis* (*quae graece dicuntur ideae*), dada por Vitruvio, quien señala que son *ichnographia*, *orthographia* y *scaenographia*. Los términos griegos son tecnicismos usados sólo por este autor y mantenidos por Faventino; mientras que *ichnographia* sólo se documenta en Vitruvio (y en Faventino), que se sirve de este neologismo, *orthographia* y *scaenographia* sufren un proceso de tecnicización al definirse aquí como elementos de la *dispositio*, mediante dos palabras procedentes de otras áreas léxicas — gramática y óptica—³³ que aquí se usan de forma específica y restringida. Sin embargo las definiciones de uno y otro autor difieren considerablemente en cuanto a la complejidad y matización de las mismas. En ambos casos estamos ante la definición de la planta, alzado y la vista en perspectiva de los edificios, pero el nivel descriptivo del primero nada tiene que ver con el segundo. En el caso de Faventino se observa una definición escueta, pero precisa y clara, frente a la más compleja y «elevada» del primero, en la línea de la diferencia de nivel de la lengua técnica tardía con respecto a la clásica que veíamos al principio. Además Faventino parece igualar el diseño y trazado teórico de la construcción con la construcción misma en la definición de *ortographia*, al menos el vocablo usado es el esperable al hablar de la construcción no de su diseño; de ahí que, en cambio, designe con *scaenographia* el dibujo de la fachada y de la construcción completa.

Vitruvio dice así:

Ichnographia est circini regulaeque modice continens usus, e qua capiuntur formarum in solis arearum descriptiones. Orthographia autem est erecta frontis imago modiceque picta rationibus operi futuri figura. Item scaenographia est frontis et laterum abscedentium adumbratio ad circinique centrum omnium linearum responsus.

33 Cf. GROSS – CORSO – ROMANO 1997, 83.

«La icnografía se consigue del uso del compás y la escuadra a escala reducida, a partir de la cual se trazan los dibujos de las plantas en los suelos de las superficies. Ortografía es la representación en alzado de la fachada y figura pintada a escala reducida según los cálculos de la obra futura. Asimismo la escenografía es el bosquejo de la fachada y laterales que están alejados (= en perspectiva) y la correspondencia de todas las líneas hacia el centro del compás».

Faventino, en cambio, define los tipos de *dispositio* de la siguiente manera:

Ichnographia est areae uel soli et fundamentorum descriptio. Ortographia est laterum et altitudinis extructio. Scenographia est frontis et totius operis picturam ostentio.

«Icnografía es el diseño de la superficie o suelo y de los cimientos. Ortografía es la construcción de los laterales y la altura. Escenografía es la representación de la fachada y el dibujo de toda la obra».

Isidoro sigue a Cetio Faventino, pero parece tener presente de forma indirecta el texto de Vitruvio, o la tradición que de él le haya llegado (Velázquez 1997). Simplifica su exposición, aunque en ella «recupera» los conceptos latinos, ya manejados por Vitruvio y Faventino, sintetizando aquello que constituye la base principal de la *aedificatio*. No obstante, creo que puede afirmarse que en esta síntesis, Isidoro «tecnifica» los términos de forma precisa y clara. Busca la univocidad y especificidad característica de la lengua técnica y una claridad expositiva que conduce a una definición escueta de los elementos que la componen. Recordemos que Isidoro entiende como «partes» de los edificios la *dispositio*, la *constructio* y la *uenustas*. Sobre la primera dice: *dispositio est areae uel soli et fundamentorum descriptio*. Se identifica, por tanto, *ichnographia* de Vitruvio y Faventino, mediante la definición tomada de éste último, con la *dispositio*, pero se excluye el grecismo, probablemente porque es un término ya muy culto y en desuso en su época y que, al estar documentado sólo en esas fuentes, Isidoro desestima. En realidad prescinde de los tres términos griegos usados por Vitruvio y Faventino. Por medio de una sinécdoque aplica el término global de *dispositio* a la definición de una de las partes: *ortographia*, pero con ello distingue el diseño o trazado de la construcción, de la construcción o edificación en sí misma. Para ésta reserva el término —introducido como elemento diferenciador de los otros autores— de *constructio*, haciéndolo equivaler con la definición de *ortographia* de Faventino, que, como se ha indicado, ya igualaba el diseño del alzado con la construcción en sí misma. Sin embargo, Isidoro plantea aquí una equivalencia, a mi juicio, más precisa, al evitar el término griego, y utilizar dos términos latinos que están adscritos plenamente al lenguaje técnico de la arquitectura: *constructio* y *aedificatio*: *constructio est laterum altitudinis aedificatio*.

Por otra parte, la explicación de Isidoro en relación con la construcción es más detallada y trata con ella de precisar los diferentes términos existentes en la lengua que hay en uso, formados sobre *struo*, así como otros términos vinculados a la técnica de la metalurgia. El texto dice así:

Etym. 19.10.1 Constructio est laterum et altitudinis aedificatio. Constructio autem uel instructio uocata eo quod instringat et cohaerere faciat, ut lapides luto et ligna et lapides inuicem sibi. Nam et intinctio ferri in aqua instrictura est; nisi enim candens tinguatur, instringi et cohaerere non potest ferrum. Item constructio a multitudine lapidum et lignorum dicta; unde et strues.

Aliud est enim aedificatio, aliud instauratio: nam aedificatio noua constructio est, instauratio uero quod reparatur ad instar prioris: nam instar ueteres pro similitudine ponebant; inde et instaurare dicebant.

«La construcción es la edificación de los lados y de la altura. Se llama construcción o *instructio* (trabazón) porque traba (*instringat*) y hace cohesionar, tanto las piedras con el barro, como las maderas y las piedras entre sí. Pues también el temple (*intinctio*) del hierro es la inmersión (*instructura*) de éste en el agua; en efecto, a no ser que se sumerja el hierro cuando está candente, no puede trabarse ni cohesionarse. Asimismo se dice construcción por la cantidad de piedras y maderos; de donde también *strues* (montón).

En efecto, una cosa es la edificación, otra la instauración; pues edificación es la construcción de nueva planta; instauración, en cambio, la que se repara con la forma que tenía antes: pues los antiguos usaban *instar* por semejanza, de ahí que también decían instaurar».

En este pasaje Isidoro busca precisar cada concepto. Aun admitiendo que en algún momento pueda confundir dos términos que fluctúan en la lengua, como puede ser aquí *instructio* por *structura* que se lee en otros autores, incluso que puedan haber influido razones de ambigüedad en la precisión de compuestos de *struo*, lo cierto es que se trata de términos pertenecientes claramente al vocabulario técnico de la arquitectura y de la metalurgia, a cada una de los cuales Isidoro intenta dotar de una definición precisa, estableciendo las «diferencias» existentes entre ellos. El verbo *instringo* presenta aquí una restricción y tecnicificación con respecto a las acepciones habituales de ‘ligar, atar; unir o mezclar’. En *ThLL* VII 2007, estos significados (*ligare, amicare, implicare*) se anotan como acepciones generales en diferentes autores, y como restrictiva en este pasaje isidoriano: *de coagmentatione partium aedificii*. Esta tecnicificación se ve favorecida por la cantidad notable de términos relacionados con el campo semántico de la construcción, en concreto de los formados a partir de *struo*, tanto verbos como sustantivos: *constructio, instructio, exstructio, structura, strictura*, etc. Por esta misma razón se producen en ocasiones confusiones o intercambios y pocas precisiones terminológicas en los textos, llegando a veces a usarse de forma sinónima. Según Rodríguez-Pantoja (1995, 96, nota 119), aquí *instructio* puede entenderse por *structura*, pues es una «voz relativamente usual en relación con la metalurgia del hierro». Así también *constructio* es equivalente aquí al *exstructio* de Cet. Fau. *Orthograph.* 289, 7-8, según se ha citado antes; y parece el término de elección frente al de *exstructio*, probablemente porque ya resultaba más habitual en relación con la arquitectura utilizar *constructio*.

Otro término que comporta una variación similar es *intinctio*. Puede definirse como el *actus intinguendi*, es decir, la acción de sumergir algo en un líquido. De hecho significa ‘bautismo’ en los textos cristianos (el bautismo suponía la inmersión en agua bendita; cf., por ejemplo, Tert. *Poenit.* 6.3, *passim.*); incluso en sentido figurado, a partir de esta acepción, se dice de la conversión a la fe en los textos cristianos (cf. *ThLL* VII₂ 20, 31). Pero en el lenguaje técnico se dice en concreto del ‘teñido’, como sinónimo de *tinctura*, pues las telas o lanas se sumergen en los líquidos de teñir, así en *Cod. Theod.* 10.21.3. En cambio en este pasaje isidoriano se utiliza en el sentido estricto el ‘temple del hierro’, porque, como explica el autor, el hierro cuando está candente se debe sumergir para que se temple o enfríe hasta alcanzar el punto de dureza o elasticidad que se le quiera dar, de lo contrario no se puede conseguir.

En este mismo pasaje Isidoro presenta un término nuevo creado sobre *instringo, instructio*, etc., que es *instructura*. Se trata de una innovación léxico-semántica que aparece para explicar *intinctio*, es decir, es la ‘inmersión’ en sí misma del hierro para templarlo, o la ‘acción de templar

del hierro'. *Instrictura* aparece en el glosario medieval Heiberg. p. 81.15 pero con una aplicación muy diferente: *instrictura nimia uentris*. Aunque no puede dejar de considerarse que haya influido aquí —para esta suerte de reparto de acepciones—, además de los diversos términos formados sobre *struo*, la cuestión fonética de la pronunciación de vocales protéticas delante de *s(t)*- y posibles confusiones con los inicios del tipo *st-*, *ins-*, *ist-*, *ex(t)*, no creo que deba pensarse que *instrictura* es un vulgarismo por *strictura*, ya que en lugar de ésta parece haber elegido *instructio*.

A continuación menciona otros dos términos técnicos, *aedificatio* e *instauratio*, a los cuales vuelve a aplicar el método de la *differentia*, para establecer el significado preciso de cada uno de ellos. Obsérvese que maneja construcción y edificación casi sinonímicamente dentro del lenguaje técnico de la arquitectura, como hoy se hace en castellano. En esta frase señala que la *aedificatio* es la *noua constructio* y antes ha afirmado que la *constructio est laterum et altitudinis aedificatio*. Una define a la otra en cada caso, pero ambas mantienen cierta diferencia sémica. La *aedificatio* se opone a la *instauratio*, en cuanto que se trata de una *constructio* de nueva planta; para definir la *constructio* recurre a la *aedificatio* del alzado de un edificio (aunque, en rigor, podría aplicarse a cualquier tipo de obra construida) que, en definitiva, es el objeto último de la arquitectura.

Resulta también interesante destacar de qué elementos se compone la *constructio*, así añade a continuación³⁴:

Etym. 19.10.2 *Constat autem constructio fundamento, lapidibus, calce, arena et lignis. Fundamentum dictum quod fundus sit aedificii. Idem et caementum a caedendo dictum, quod caeso crasso lapide surgat.*

«La construcción consta del fundamento, piedras, cal, arena y maderos. Se le dice fundamento porque es la fundación del edificio. Asimismo también se denomina cimiento, de cortar (*caedere*) porque se levanta con piedra gruesa».

El *fundamentum* es, efectivamente, la base o fundación de un edificio, en suma los cimientos que bajo la superficie sostienen el edificio entero. Aquí Isidoro da los dos términos con que se designa habitualmente y que son, junto a fundación o base, los actualmente empleados. El significado de *caementum* en el lenguaje técnico de la construcción era la piedra tosca, sin trabajar, el cascote o guijo irregular empleado para la construcción (cf. Cat. 14,1; Cic. *Mil.* 74). Designaba también la masa de áridos y piedras a la que a veces se añadían fragmentos de cerámica, procedentes de ánforas, tejas o ladrillos rotos y sobre la que se vertía un mortero de cal para construir muros, bóvedas, etc., que constituía el hormigón u *opus caementicium* (Vitr. 7.6.1); de esta acepción surge el actual 'cemento'. En cambio, el término evoluciona de forma fonéticamente diferente, a partir de la acepción de este pasaje isidoriano, dando 'cimiento' (VELÁZQUEZ-ESPIGARES 2002, *s.u.*).

En el conjunto de términos vinculados a la *constructio* y, en general, a la arquitectura, Isidoro menciona muy diversos términos técnicos, como ya he comentado. Me voy a limitar a exponer sólo algunos de aquellos que, relacionados con los nombres de edificios u otros aspectos, registran cierto carácter innovador en las *Etimologías*, en función de cambios semánticos con respecto al significado documentado con anterioridad al autor, o bien términos que se documentan por primera vez en las *Etimologías*, con independencia de que Isidoro los pueda haber tomado de alguna fuente anterior que desconocemos, o pueda estar registrando simplemente la

34 Sobre los términos que a continuación expondré me sirvo nuevamente del texto que he elaborado para el citado libro VELÁZQUEZ 2003.

realidad lingüística de su momento. Se trata de una selección de términos vinculados a la construcción de edificios, ya sean nombres de edificios o partes, materiales, estructuras o máquinas y herramientas. En ellos se pueden observar también los diferentes recursos lingüísticos empleados por el autor en la confección de este vocabulario técnico.

Los menciono a continuación por orden alfabético:

Capanna -ae

Etym. 15.12.2 *Tugurium casula est quam faciunt sibi custodes uinearum ad tegimen sui, quasi tegurium, siue propter ardorem solis et radios declinandos, siue ut inde uel homines uel bestiolas, quae insidiare solent natis frugibus, abigant. Hunc rustici capannam uocant, quod unum tantum capiat.*

«Tugurio es una casita pequeña que construyen los guardianes de las viñas para refugio propio, casi como *tegurium*, ya sea para defenderse del rigor y de los rayos del sol, ya sea para ahuyentar de allí a los hombres y bestezuelas que suelen merodear entre los frutos que han brotado. A éste los campesinos lo llaman cabaña (*capanna*), porque sólo cabe una persona».

Capanna es el precedente del castellano ‘cabaña’. El testimonio de Isidoro refleja que el término es la voz habitual en el ámbito campesino para designar este tipo de chozas, hechas en los campos, casi como refugio improvisado para protección de la intemperie del tiempo y para evitar la proximidad de animales y personas que puedan robar o dañar los cultivos.

El origen de la palabra es discutido. SOFER (1930, 124) recoge diversas hipótesis sobre el mismo. Así las de Díez y Thurneysen sobre un posible origen celta del sufijo *-anna*, en palabras populares. Cohen explica el término como analógico con el gr. *καπάνη*, y el al.alt.n. *koben*; ind. ant. *kupinī*, ‘red para peces pequeños’; incluso con el lat. *cupa*, etc. Sin embargo, la hipótesis más extendida es que sea una metátesis del lat. *can(n)aba*, ‘establo pequeño, barraca’; en el que la doble *-nn-* se explicaría a partir de las formas latinas *cannabis*, *cannapus* y *canna* (cf. *ThLL* III 300, 45 *orig. inc. nisi mutatum est pro can(n)aba*). Algunos autores aceptan la hipótesis de un cruce entre *cannaba* y *capio*; de hecho Sofer aduce el testimonio de Cic. *Verr.* 4.7 *tot domus locupletissimas istius domus una capiet*, como justificativa de la explicación que después da Isidoro. No parece convincente ninguna de las propuestas, sin embargo, la relación entre *cannaba* y el cruce con *capio* podría justificarse semánticamente.

Cellarium

Etym. 15.5.6-7, 6. *Promptuarium dictum eo quod inde necessaria uictui promuntur, hoc est proferuntur. 7. Cellarium, quod in eo colligantur ministeria mensarum, uel necessaria uictui supersunt. Inter promptuarium autem et cellarium hoc interest quod cellarium est paucorum dierum, promptuarium uero temporis longi est.*

«El *promptuarium* (alacena) se denomina así porque de allí se sacan las cosas para la comida, es decir se llevan fuera. 7. *Cellarium* (despensa) porque en él se recogen los servicios de las mesas, o las cosas necesarias para la comida que han sobrado. Entre *promptuarium* y *cellarium* hay esta diferencia, que el *cellarium* es para pocos días y el *promptuarium* para las de tiempo mayor».

Usando el procedimiento de la ‘diferencia’, Isidoro introduce estos dos términos de *promptuarium* y *cellarium* entre los depósitos para guardar cosas (*de repositoriis*). Se trata de sendas

habitaciones de la casa, ya que este capítulo está incluido en el libro dedicado a los edificios y sus partes. En realidad ambos términos están bien documentados en la literatura latina con las mismas acepciones que aquí; de hecho, Cassiod. *In psalm.* 143.14 los identifica como sinónimos señalando que *cellarium* es un término usado por el vulgo para designar el *promptuarium*: *promptuarium, quae uulgo cellaria appellant.*

Isidoro se limita a diferenciar ambos términos deshaciendo la sinonimia que se produce entre ellos. Es probable que ambos términos coexistieran en la lengua y su uso preciso y distintivo fuese el que aquí se especifica, aunque se denominaran indistintamente. Las palabras de Casiodoro sugieren que el término más popular sería el de *cellarium*. ‘Cillero’, en el sentido de bodega o despensa, se ha conservado en castellano, también en italiano, *cilliere*; mientras que ‘prontuario’, como voz culta, ha pasado a designar un ‘resumen o anotación de cosas que pueden necesitarse’ así como ‘compendio de normas’.

Delubrum -i

Etym. 15.4.9 *Delubra ueteres dicebant templa fontes habentia, quibus ante ingressum diluebantur; et appellari delubra a diluendo. Ipsa sunt nunc aedes cum sacris fontibus, in quibus fideles regenerati purificantur: et bene quodam presagio delubra sunt appellata; sunt enim in ablutionem peccatorum.*

«Los antiguos decían que los *delubra* eran templos que tenían fuentes, en las cuales se purificaban antes de entrar en ellos, y son llamados *delubra*, a partir de *diluere* (purificarse con agua). Ahora estos son templos con fuentes sagradas, en las cuales los fieles regenerados se purifican: y recibieron con presagio certero su denominación en otro tiempo; en efecto, son para la purificación de los pecadores».

Delubrum designa habitualmente un tipo especial de *templum* o *aedes*. Las diferentes definiciones dadas en la Antigüedad para este edificio sagrado son tan variadas que resulta complejo saber en qué se consistía exactamente y en qué se distinguía de otros edificios de culto. Esta ambigüedad se refleja incluso en los actuales léxicos donde las definiciones son también imprecisas. PICHECA (1988), a partir de un estudio detallado de los textos, concluye que *delubrum* sería el lugar del templo en el que se ha dedicado una estatua a un dios y en el que se depositarían los objetos votivos de los fieles.

En textos tardíos *delubrum* suele referirse a esos mismos templos de época pagana (Greg. Tur. *Mir.* 2.5), y, en ocasiones, designa *templum* en general, en usos poéticos, como en el caso de Ven. Fort. *Carm.* 1.6.5. Sin embargo, en el texto de Isidoro refleja dos tipos diferentes de edificios. El autor ofrece una primera definición relativa a cómo eran esos templos en época antigua; el pasaje procede de Serv. *Aen.* 2.225-226. Pero a continuación ofrece una explicación sobre la funcionalidad de estos templos en su época. Creo que, dada la descripción, vinculada al carácter regenerador y purificador de estos templos y de los denominados *fontes in delubris*, Isidoro se está refiriendo, como ha propuesto recientemente GILSANZ (2002, 28-29), a los baptisterios. Señala este autor, con razón, siguiendo a TOSCO (1993, 112-113), que son precisamente los *baptisteria* los únicos edificios sagrados de su época que no menciona Isidoro. Es más que probable que el autor los denomine con este término de *delubra*³⁵. Añade Gilsanz, *loc. cit.* p. 12: «La

35 A pesar de que hace tiempo pensaba que era difícil tratar de ver en este pasaje una información sobre la situación contemporánea del autor (VELÁZQUEZ 1994). Creo que los argumentos de Gilsanz son convincentes.

siguiente digresión acerca del *fons in delubris* y la significación alegórica de sus siete escalones confirma esta interpretación, puesto que un comentario prácticamente igual acerca del baño o piscina bautismal (*fons*) aparece en otra obra del mismo autor (*De eccles. offic.* 2.25.4) en un capítulo acerca del bautismo (*De baptismo*)».

Concleacius -ii

Etym. 19.10.8 *Concleacius concleis lapillisque et arena concretus, asperrimum et interdum fistulosus.*

«La brecha conchífera es un conglomerado de conchas, piedrecillas y arena, muy áspero y a veces fistuloso».

La grafía puede ser un cruce entre *cochlea* y *concha* (cf. 12.6.48, donde se habla de *concha*). Como señala Rodríguez-Pantoja (1995, 100-101, n. 127), *cochlea* ya se escribía sin *h* según Velio 69.13, además *concula* y *concla* aparecen en manuscritos plautinos en Plaut. *Rud.* 304. El editor de este libro de Isidoro (*loc. cit.*), cuya traducción reproduzco, afirma también que se trata de una piedra calcárea, correspondiente al gr. *κογκυλίας λίθος*. Aunque, en efecto, es así, creo que Isidoro aplica *concleacius* no tanto a la piedra en sí, sino a un conglomerado preparado de varios elementos —entre ellos posiblemente este tipo de piedra u otros—, que se usaba como material de construcción. Es decir, probablemente se refiere a un tipo de conglomerado artificial hecho a base de piedras calizas y margas de las que, al quemarlas, se conseguían unos terrones blanquecinos que se molían y amasaban con agua, arena y piedras, y se endurecían lentamente hasta convertirse en un conglomerado que adquiriría cada vez mayor resistencia con el paso del tiempo (GONZÁLEZ TASCÓN 2002, 36)³⁶.

Girgillus -i

Etym. 20.15.2 *Girgillus quod in giro uertatur: est enim lignum in transversa pertica mobile ex quo funis cum situla uel utre in puteum dimittitur auriendae aquae causa.*

«El *girgillus* (garrucha) porque gira al moverse: es, en efecto, un madero móvil colocado transversalmente sobre una pértiga de la que pende una cuerda con un cubo o un odre que se mete en el pozo para sacar agua».

Esta innovación léxica procede de un préstamo hebreo *gilgal* (arameo bíblico *galgal*), que ha sido adaptado al latín por medio de una sufijación en *-(il)lus* y con una disimilación de líquidas: **gilgillus* > *girgillus*. La relación con *girus* es popular, aunque, quizá, pudiera haber contribuido a esa disimilación. Hay que descartar la relación con el romance cast. *gárgola*, fr. *gargoull* (*REW* 3865; *SOFER* 1930, 40), quien recoge la etimología establecida por Cuny).

Imbolus -i

Etym. 15.2.26 *Imboli uel quia subuolumina sunt, uel quis his ambulat. Sunt enim portici hinc inde platearum.*

³⁶ Según este autor (*ibid.* 37) «en sus primeros tiempos, los romanos continuaron utilizando la cal sólo como un mortero que facilitaba el asiento de las hiladas de piedra o ladrillo; sin embargo, en una fecha que no es fácil de establecer, pero que podemos conjeturar hacia el siglo II a.C. comenzaron a utilizar la cal (*calx*) no sólo como elemento de unión de sillares o ladrillos o como tratamiento de impermeabilización de superficies sino también como aglomerante para constituir un hormigón en masa o piedra artificial llamado *opus caementicium*».

«*Imboli* (soportales) o porque son sotechados, o porque se camina por ellos. Son pues pórticos a uno y otro lado de las plazas».

Isidoro presenta *imbolus* como un sinónimo de *porticus*; el término no se encuentra documentado con anterioridad, como tampoco el término con que describe cómo son, *subuolumina*; un compuesto que indica ‘que están bajo el cuerpo de los edificios’. Según *ThLL* VII 425, 53, *imbolus* se relaciona con ἔμβολος, que, en efecto, en una de sus acepciones significa *porticus*; no obstante este término se introduce como cultismo en latín, *embolum* y *embolus*, designando habitualmente una cuña o elemento que se introduce en otros, ya sea una lengua de tierra, una columna de ataque del ejército o el espolón de una nave; también se usa en el lenguaje técnico de la maquinaria para designar el ‘émbolo o pistón de una máquina’ (Vitr. 10.7); el propio Isidoro usa un término derivado de él, *embolismus*, para referirse al año intercalar o embolismal (*embolismus annus*) y define *embolismus* como un nombre griego que se interpreta en latín como ‘*superaugmentum*’, es decir, ‘incremento’, ‘intercalación’, según veremos más adelante.

Sin embargo, Isidoro no parece conectar *imbolus* con el griego, sino con *ambulare*. Hasta el punto de que varios manuscritos contienen la lectura *imbuli* BCK y T *inboli*. La grafía *imboli* es una regularización de Lindsay en la edición que, en cambio, no se corresponde con sus propios índices, donde la entrada es *imbuli*. Aunque fuese así, posiblemente la pronunciación del término sería con —o—, ya que la *ũ* de *ambulare* es breve, de ahí que haya adoptado *imbolus* en la entrada a este lema y en la reproducción del pasaje. El término debe entenderse como un préstamo del griego, puesto que ya se da en esta lengua la acepción de pórtico o soportal para ἔμβολος, pero debió penetrar por vía popular, frente a *embolus* y *embolismus*. Es sugerente la etimología propuesta por el autor, y eso a pesar del inicio *im-* frente a *am-*; tal vez, lo que sí ocurría es que popularmente se vinculaba con *ambulare*.

En cuanto a *subuolumina* también es una innovación de Isidoro que presenta además la característica de conferir también un significado especial a *uolumen*, en el sentido de el ‘cuerpo’ o ‘volumen’ del edificio. La traducción ‘sotechado’, aunque no es estricta, trata de reflejar la denominación del lugar igualmente, pues creo que se trata también de un término ya específico formado por *sub* y *uolumen*, como un compuesto³⁷.

Como he comentado, *embolus* tiene para Isidoro el significado habitual en latín, como puede verse a través del texto en el que habla de los años intercalares, y donde presenta *embolismus* como adjetivo de *annus*, un adjetivo de implantación tardía que puede leerse en Solino 1.41, donde aparece con la grafía incorrecta de *embolismos* frente a *embólmoi* que habría sido la transcripción adecuada y que puede leerse bien en Macrobio, *Sat.* 1.13.10. Isidoro, que recoge ya este error que se ha perpetuado en castellano en ‘embolismo’ y ‘embolismal’ (FERNÁNDEZ NIETO 2001, 145, n. 80), presenta, además, el uso sustantivado de *embolismus*, al que hace equivaler a *superaugmentum*, otra innovación léxica creada (o documentada) por él para explicar el significado de *embolismus*, como sustantivo:

Etym. 6.17.22 *Embolismus annus est qui tredecim menses lunares, id est CCCLXXXIV dies habere monstratur... 23. Embolismus autem nomen Graecum est, quod interpretatur*

37 Más próximo a la realidad que recurrir a una traducción que parafrasee el concepto, del tipo ‘que se hallan bajo el volumen o el cuerpo del edificio’.

Latine superaugmentum; eo quod expleat numerum annorum communium, quibus undecim lunares dies deesse cernuntur...

«Año embolismal (= intercalar) es el que tiene tres meses lunares, esto es, presenta trescientos ochenta y cuatro días... 23 Embolismo es un nombre griego, que se interpreta en latín como ‘sobreaumento’, porque completa el número de los años comunes, en los que se observa que faltan once días lunares...».

Luctans -ntis

Etym. 19.19.6 *Cuplae uocatae quod copulent in se luctantes. Luctantes quod erecti inuicem se teneant more luctantium. Agrantes.*

«Los tirantes (*cuplae*) se llaman así porque unen entre sí los pares. Los pares (*luctantes*) porque se mantienen mutuamente derechos a la manera de los luchadores. *Agrantes*³⁸».

Luctantes aparece sólo aquí, como una sustantivación de la forma participial de *luctor*, para referirse a un tipo de maderos (*trabes*) que forman una suerte de L, en su unión y se apoyan en los tirantes y estribos conformando la armadura de una cubierta de un edificio. Isidoro presenta una metáfora de cómo la lucha entre dos hombres que se agarran entre sí sugiere la imagen de estas maderas unidas (*ThLL* VII: 1730, 23; Rodríguez-Pantoja 1995, 152, nota 186). Se trata de un tecnicismo procedente de otra área semántica que a través de una metáfora se introduce aquí con un significado preciso en el lenguaje técnico.

A continuación menciona el término *agrantes*, sin explicación, posiblemente un caso más de las ‘fichas’ de trabajo anotadas por el autor pero no incorporadas, dado el carácter inconcluso de la obra. Aunque SOFER (1930, 167) señala que el inicio *agr-*, *agru-*, ‘palanca’ se conserva en algunas lenguas romances (*REW* 296), no podemos deducir de este pasaje cuál era la vigencia real del término y a qué se refería exactamente Isidoro. No obstante, creo que la sugerencia de *ThLL* II 1044, 10 de que sea una corrupción por *atlantes*, voz griega recogida en Vitr. 6.7.6 como sinónimo de *telamones* para referirse a columnas o soportes de cornisas y mículos con forma de hombre³⁹ en los edificios, no sólo es posible, sino que, dado el capítulo en el que está

38 Sigo aquí literalmente la traducción de RODRÍGUEZ-PANTOJA 1995, 150 y 152. En efecto, técnicamente *cuplae* son los ‘tirantes’ y *luctantes* los ‘pares’, que forman la armadura de una cubierta, estableciendo un triángulo con el primer par y con el último de la cubierta. La madera que une la serie de pares en el vértice superior es la ‘hílera’; el madero colocado horizontalmente sobre los tirantes y en el que se apoya la serie de pares es el ‘estribo’, debajo del cual se halla la ‘solera’ o madero fuertemente asentado en todos sus puntos, para servir de apoyo a los otros, ya que recibe las cabezas de los demás maderos en la armadura de cubierta; el ‘cabrio’ es el madero que se coloca paralelo a los pares y funciona de soporte a la tabazón de la cubierta (PANIAGUA 19854, *s.uu.*). Éste último es el *chanterius*. Véase a este propósito lo dicho sobre *canterium* en el lema *taratrum* más abajo.

39 Vitr. 6.7.6 *Item si qua uirili figura signa mutulos aut coronas sustinent, nostri telamones appellant, cuius ratione quid ita aut quare dicantur ex historiis non inueniuntur, Graeci uero eos ἀτλάντας uocitant. Atlas enim historia formatur sustinens mundum, ideo quod is primum cursum solis et lunae siderumque omnium uersationum rationes uigore animi sollertiaque curauit hominibus tradenda, eaque res a pictoribus et statuariis deformatur pro eo beneficio sustinens mundum...* («Asimismo si algunas estatuas en forma de hombre sostienen mículos o coronas, los nuestros las llaman telamones; por qué razón se llaman así o por qué circunstancia, no se encuentra en los libros; en cambio los griegos las denominan atlantes. En efecto, Atlas se representa en la documentación sosteniendo el mundo, porque fue el primero que se preocupó de hacer entender a los hombres, con fuerza de ánimo y habilidad, el curso del sol, y los tipos de rotación de la luna y de todas las estrellas y por este beneficio es representado por pintores y escultores sosteniendo el mundo»). Véase el excelente comentario a este pasaje de A. Corso y E. Romano en la edición de GROS 1997, 998-1002, notas 259-260). En relación con el término isidoriano, RODRÍGUEZ-PANTOJA (1995, 152, nota 186) menciona tanto la conjetura de *ThLL* como la referencia de Sofer, pero no se pronuncia.

incluido el término —a continuación de la metáfora comentada de *luctantes*—, resulta más que probable. Piénsese que el capítulo habla de los madereros, de *lignariis*. Isidoro comienza mencionando a los trabajadores de la madera, *lignarius*, *carpentarius*, *sarcitector*, *lignarius*; después habla del *lignum* (leño) y su diferencia con la *materia* (madera), y a continuación comienza a enumerar los tipos de *trabes* de madera que soportan las paredes, así como la cúpula y los tirantes y pares que antes se han comentado. El contexto, pues, es propicio, para que figurase aquí *atlantes*. Ahora bien, en ese caso, tal vez designase no tanto una columna, a la manera de las cariátides, sino cualquier viga vertical que soportase cubiertas o techos, y, en todo caso, de madera.

Martellus -i

Etym. 19.7.2 *Malleus uocatus quia dum quid callet et molle est, caedit et producit. Marcus malleus maior, et dictus marcus quod maior sit ad caedendum et fortior. Martellus mediocris. Marculus malleus pusillus.*

«Se llama martillo (*malleus*) porque, mientras algo está caliente y es dúctil, lo bate y le da forma. *Marcus* es el martillo mayor, y se dice *marcus* por ser el mayor para batir y el más fuerte. *Martellus* es el mediano. *Marculus*, el martillo pequeño».

Por medio de diversos sufijos diminutivos se establece la gradación entre las clases de martillos, según el tamaño. Tanto *malleus*, como *marcus* y *marculus* están atestiguados en la lengua latina, mientras que *martellus* aparece aquí por primera vez y, sin embargo, se convierte en la voz más usual, de la que deriva el cast. *martillo*, it. *martello* y fr. *marteau* (REW 5379). *Marculus* es, con todo, palabra sólo testimoniada en Paul. Fest. p. 125. *Malleus* deriva en castellano en ‘mallo’, un instrumento para desgranar a golpes la mies, además de un nombre de juego (DRAE).

Ostracus -i

Etym. 15.8.11 *Ostracus est pauimentum testaceum eo quod fractis testis calce admixto feriat; testa enim Graeci ὄστρακον dicunt.*

«*Ostracus* es el pavimento de barro cocido que se prepara con cascotes de ladrillo mezclados con cal; en efecto a los ladrillos de barro los griegos los llaman ὄστρακον⁴⁰.

Ostracus es la latinización del gr. ὄστρακον, con cambio de género neutro a masculino. Las formas latino-medievales *astracum*, *astracus*, así como las románicas del it. *latrico*, fr. ant. *ais-tre* y fr. n. *âtre* (REW 6118) se explican por asimilación regresiva de *o* en *a*, favorecida por el nominativo del plural neutro precedido de artículo «τά ὄστρακα» (SOFER 1930, 129-130).

Propina -ae

Etym. 15.2.42 *Propina Graecus sermo est, quae apud nos corrupte popina dicitur: est autem locus iuxta balnea publica. Ubi post lauacrum a fame et siti reficiuntur. Vnde et*

40 Cf. VELÁZQUEZ-ESPIGARES 2002, s.uu. *opus*, *testa*, *pauimentum* y remisiones internas. González Tascón 2002, 45-51. *Testa* puede traducirse también como tejo o teja. Me he decidido por la acepción más restrictiva de ladrillo porque se trata de los ladrillos de barro cocido, que fragmentados y como cascotes, se mezclaban con la arena para fabricar el *opus testaceum*.

propina et propinare dicitur. Πεινα enim Graece famem significat, eo quod hic locus famem tollat.

«*Propina* (taberna) es una palabra griega que entre nosotros se dice de manera incorrecta *popina*: es un local próximo a los baños públicos. Donde, después del baño, se establecen del hambre y la sed. De ahí que también se diga *propina* y *propinare* (beber). En efecto, *peina* significa ‘hambre’ en griego, por ello ese lugar quita el hambre».

Isidoro considera que *propina* es una palabra griega, que de forma corrupta se dice *popina* (taberna), cuando la realidad es que *popina*⁴¹ es la forma ya conocida desde Plauto para designar la taberna (cf. Forcell. III 917). Sin embargo, en latín existe también el verbo *propinare* (gr. *προπίνω*), ‘beber’, ‘convidar’, así como *propinatio*, ‘acción de convidar a beber’, etc., de donde ha surgido la nueva formación léxica *propina*, cuyo significado está asimilado al de *popina*, hasta el punto de considerarse variantes de una misma palabra. La expresión *apud nos corrupte popina dicitur*, puede dejar traslucir que coexisten los dos términos aún, *popina* y *propina*, o que el primero —el tradicional— lo ha leído en alguna fuente o escuchado y quizá sea minoritario con respecto a *propina*, más frecuente, ya que se ha mantenido en lengua romance, y se halla, además, reforzado por la existencia del verbo *propinare*. *Propina* se ve corroborada en Marin. Pap. *Diplom.* P. 251 (cf. Forcell., *loc. cit.*) y CGL 3.306.61 con la forma griega: *προπίνα, popina*. En castellano se da ‘propina’ —en principio ‘agasajo’ con el que se invitaba a alguien, luego reducido a dinero—, así como ‘propinación’ y ‘propinar’.

Propitiatorium -ii

Etym. 15.4.3 *Propitiatorium [quasi propitiationis oratorium; propitiatio enim placatio est].*

«Propiciatorio [casi como oratorio de propiciación; en efecto, *propitiatio* (propiciación) es apaciguación (*placatio*)]».

En el capítulo «*de aedificiis sacris*» aparece mencionado *propitiatorium*, después de *sanc-tasanctorum* y antes de *oracula, penetralia* y *oratorium*. *Propitiatorium* es palabra de uso tardío, aparece en la Vulgata como un instrumento o medio de propiciación, en especial el que va sobre el arca de la Alianza, cuya descripción se realiza en *Exod.* 25. 17-22, donde aparece como sinónimo de *oraculum*; ambos términos se refieren a esta especie de mueble flanqueado por dos querubines, desde el cual Dios va a hablar a su pueblo⁴². Mientras que *oraculum* ‘oráculo’, ya se usa metonímicamente como el lugar donde se emiten los oráculos desde época clásica.

41 Vocablo del origen osco-umbro, equivalente a la forma latina *coquina* (<* pēqwo, cf. Walde 559).

42 *Facies et propitiatorium de auro mundissimo; duos cubitos et dimidium tenebit longitudo eius, et cubitum ac semissem latitudo. Duos quoque cherubim aureos, et productiles facies, ex utraque parte oraculi. Cherub unus sit in latere uno, et alter in altero. Utrumque latus propitiatorii tegant expandentes alas, et operientes oraculum, respiciantque se mutuo uersis uultibus in propitiatorium quo operienda est arca, in qua pones testimonium quod dabo tibi. Inde praecipiam et loquar ad te supra propitiatorium, ac de medio duorum cherubim, qui erunt super arcam testimonii, cuncta quae mandabo per te filiis Israel* («Harás también un propiciatorio de oro purísimo; tendrá dos codos y medio de longitud y un codo y medio de anchura. Harás también dos querubines de oro batido, a ambas partes del oráculo. Un querubín en un lado y otro en el otro. Ambos cubrirán los flancos del propiciatorio con las alas explayadas y se mirarán mutuamente con los rostros vueltos hacia el propiciatorio en el que se ha de ocultar el arca, en la que pondrá el testimonio que yo te daré. Allí me presentaré y encima del propiciatorio, en medio de los dos querubines que estarán sobre el arca del testimonio, te comunicaré todo lo que voy a ordenar a los hijos de Israel a través de ti»).

sica; *propitiatorium* adquiere este valor de lugar en el pasaje isidoriano. Ciertamente es que la explicación etimológica es probablemente una interpolación, pero el término, aunque sin explicación, está claramente entendido como el lugar donde se busca esa propiciación, y no el medio o instrumento, en este caso un mobiliario sagrado, que se menciona en el pasaje bíblico. No obstante, es probable que Isidoro haya deducido de la descripción bíblica que se trata de un lugar, más que de un mobiliario determinado, ya que en ella se dice que Dios se presentará o se encontrará allí con Moisés. Con todo, el significado del término en Isidoro supone un uso metonímico similar al que se ha producido con anterioridad en otros términos por él enumerados como *oracula* y *oratorium*.

Puluinus -i

Etym. 19.2.16 *Puluini sunt machinae quibus naues deducuntur et subducuntur in portum.*

«Los *puluini* son máquinas con las que se botan las naves y se sacan del puerto».

De los diferentes significados de la palabra (cf. FORCELL. IV 968-969), en sentido propio ‘almohada’, de donde también silla o asiento, pasa a adquirir diversos usos metafóricos, entre ellos varios relativos al área de términos navales, en concreto designa los bancos de arena sumergidos en el agua, así en Serv. *Aen.* 6.4, y también diques, formados de un conglomerado de arena y cemento en Vitr. 5.12. Es posible que Isidoro haya confundido la palabra, a juzgar por los testimonios citados, pero su descripción es clara y el hecho de que defina los *puluini* como *machinae* hace pensar que se trate, en efecto, de *machinae tractoriae* o *uersatiles*, es decir grúas para mover los barcos⁴³. Además, como recuerda RODRÍGUEZ-PANTOJA (1995, 66, nota 61), el término ‘machina’ en castellano significa lo que aquí indica Isidoro: «Cabria o grúa de grandes dimensiones que se usa en puertos y arsenales» (*DRAE*).

Scansile -is

Etym. 20.11.8 *Scansilia gradus sunt ubi honorati in sedibus sedent.*

«*Scansilia* son las gradas donde se sientan las personas de dignidad en sus asientos»

En el capítulo dedicado a los lechos y asientos (*de lecticis et sellis*), Isidoro menciona los *scamna* o escaños y algunos derivados como *scabillus*, con un cambio de género y vocalismo por *scabellum* (escabel), también denominado *suppedaneum*, y, por último, *scansilia*, los escaños destinados a las personas que ocupan cargos honoríficos o de dignidad.

Este término comporta una sustantivación del adjetivo *scansilis -e*, que significa ‘algo que se puede subir con facilidad; fácilmente accesible’, pero que adquiere un uso metafórico al referirse al paso gradual de los años en Plin. 7.49.160. Según FORCELL. IV 244 a partir de este significado traslaticio se usa de forma absoluta en Isidoro. Sin embargo, aunque tiene que ver con la acepción de ‘gradación’, ambos significados están muy alejados entre sí, al igual que los contextos. Isidoro presenta un uso figurado a partir del significado de ‘ascender’ (gradualmente) del adjetivo. Lo que influye en Isidoro es que *gradus*, término de variadas acepciones en latín, básicamente

43 Sobre el valor del término *machina* en latín, véase EICHENSEER 1980 y, sobre todo, FLEURY 1997-1998. Puede consultarse también VELÁZQUEZ-ESPIGARES 2002, *s.u.*

camente ‘grado⁴⁴, paso, camino o acceso’ (de *gradior*) y también usado como ‘grada, asiento, peldaño’, adquiere, además, el uso figurado de ‘posición social, clase, o grado de parentesco; grado de las magistraturas’, así, por ejemplo, en Cicerón, *Cat.* 1.28 *praeclaram uero populo Romano refers gratiam, qui te, hominem per te cognitum, nulla commendatione maiorum, tam mature ad summum imperium per omnes honorum gradus extulit* («respondes, en cambio, con un agradecimiento muy particular al pueblo de Roma que, reconociendo tus méritos propios, sin ninguna influencia del linaje de tus antepasados, te hizo ascender a través de todos los grados de las magistraturas hasta el mando supremo»).

Este tipo de acepción es la que parece motivar aquí que *scansile* se sustantive como el nombre de los escaños que ocupaban los personajes ilustres que ocupaban puestos de dignidad y que, en efecto, tenían asientos especiales reservados en los lugares públicos.

Taratum -i

Etym. 19.19.15 *Taratum quasi teratrum. Scofina dicta quod haerendo scofem faciat. Canterium. Guuia.*

«Taladro (*taratum*), casi *teratrum*. La escofina se dice porque al raspar hace serrín. Canterio. Gubia».

Con estos nombres de herramientas cierra el autor el capítulo sobre los madereros (*de lignariis*). *Taratum* corresponde al gr. *τέρετρον*, y puede relacionarse con el verbo *tero*. Es el precedente de ‘taladro’. No obstante, la forma *teratrum* propuesta etimológicamente detrás de la fórmula *quasi*, puede considerarse existente en la evolución de la pronunciación de la palabra: *τέρετρον* > *teratrum* > *taratum*⁴⁵.

En cuanto a *canterium*, no hay explicación ninguna y no sabemos a qué tipo de herramienta se refiere. En latín existe *cantherius* con diversos significados; propiamente es el caballo castrado y el caballo de tiro o carga (Varr. *Rer. rust.* 2.7.15; Plaut. *Capt.* 814); en sentido figurado se refiere a la pértiga o sostén de la vid (Colum. 4.12.1), incluso el palo que se pone para sujetar la pata enferma de un caballo (Veg. *Mulom.* 2.47), así como los maderos o cabrios que sirven de soportes de la tablazón de una cubierta, y que son mencionados en varias ocasiones por Vitruvio 4.2.1; 4.7.5; 5.1.6. Pero Isidoro ya ha hablado a comienzos de este mismo capítulo, *de lignariis*, de las diferentes clases de maderos de la construcción y, salvo que fuese un olvido ‘añadido’ a última hora fuera de sitio, hay que pensar que no se refiere a lo mismo. Por otra parte, *canterium* es neutro, frente al masculino *cantherius*, aunque debe tratarse de la misma palabra. Es posible que fuese una herramienta para trabajar la madera con unas características adaptadas al tipo de maderos de los que toma el nombre.

Aunque los otros dos términos no registran innovación semántica o léxica, sin embargo interesan porque ambos tienen pervivencia en lenguas romances, tanto la escofina —aunque también hay escobina—, como la gubia. En cuanto al primero debe señalarse que *scofina* es la lectura de los manuscritos y refleja la pronunciación popular, frente a *scobina*, como ocurre también, aunque en sentido inverso, en *baselus* frente a *faselus* escrito así por *phaselus* en 19.1.17 (RODRÍGUEZ-PANTOJA 1995, 160-161, nota 197).

44 En sentido general todo lo que es graduable; técnicamente también el grado de la circunferencia, MANIL. *Astr.* 1.581.

45 FORCELL. IV 666 da entrada individual a *teratrum* y se lee también en *Thes. Nou. Latin.* 577 y 591.

4. BREVE CONCLUSIÓN FINAL

En conclusión, pues, a lo expuesto hasta aquí, creo que se puede defender que en las *Etimologías* se dan las características propias de una lengua y literatura técnica, en aquellos *tituli* o capítulos cuyo contenido es propio del estudio de las artes técnicas, como se da en los otros autores de este tipo de obras que ocupan un lugar especial dentro del *corpus* de la literatura latina. Las *Etimologías* son una obra enciclopédica, de contenido filológico y gramatical y como tal deben ser adscritas dentro de los que podemos entender como género literario, en la línea de las enciclopedias antiguas latinas desde Varrón y teniendo en cuenta, como se decía al principio, que constituyen un «mundo aparte, otra mentalidad» y creo que, como dije, son la última gran enciclopedia de la Antigüedad y la primera de la Edad Media, pero paralelamente a ello y en coherencia con su propia estructura y temática, puede considerarse también como una representante legítima de la literatura y lengua técnica en aquellas partes de la misma que tratan de las *honestae artes* manuales.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉ, J. (1986), «Sur la constitution des langues techniques en latin», *Etudes de Lettres* (1986, janvier-mars), 5-8.
- AMSLER, M. (1989), *Etymology and grammatical discourse in late Antiquity and the early Middle Ages*, Amsterdam.
- BICKEL, E. (1987), *Historia de la literatura romana*. Trad. esp. de J.M^a. Díaz-Regañón, Madrid (1^a edic. Heidelberg 1960).
- BIVILLE, F. (1990), *Les emprunts du latin au grec. Approche phonétique*. t.1: *Introduction et consonantisme*, Louvain-Paris.
- (1995) «*Qui vulgo dicitur...* Formes ‘vulgaires’ de la création lexicale en latin» en *Latin vulgaire, latin tardif IV. Actes du IV^e colloque international sur le latin vulgaire et tardif*, Hildesheim-Zurich-New York 1995, 193-203.
- CALLEBAT, L. (1973), Vitruve, *De l'Architecture. Livre VIII*, Texte établi, traduit et commenté par L. Callebat, Paris, Les Belles Lettres.
- (1990), «Langages techniques et langue commune» en *Latin vulgaire, latin tardif II. Actes du II^e Colloque international sur le latin vulgaire et tardif*, Tübingen 1990, 45-56.
- (1995), «Dénominations métaphoriques dans le vocabulaire de l'architecture», en *Latin vulgaire, latin tardif IV. Actes du IV^e colloque international sur le latin vulgaire et tardif*, Hildesheim-Zurich-New York, 633-642.
- CODOÑER, C. (1991), «La Literatura» en JOVER ZAMORA, J.M. (Dir.) *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. 3: *España visigoda*, t. 2: *La monarquía, la cultura y las artes*, Madrid, 209-267.
- (1992a), Isidorus Hispalensis, *De differentiis (Diferencias) - Libro I*. Introducción, edición crítica, traducción y notas, Paris.
- (1992b), «*Differentia* y *Etymologia*, dos modos de aproximación a la realidad», en HOLTZ, L. – FREDOUILLE, J. C. (Eds.), *De Tertullien aux mozarabes. Mélanges offerts à Jacques Fontaine à l'occasion de son 70^e anniversaire*, Paris, 2 vols II, 19-30.
- (1994), «Fases en las *Etymologiae*, con especial referencia al libro X», *Euphrosyne* 22 (Homenaje a M.C. Díaz y Díaz), 125-146.
- (1995), «Los *tituli* en las *Etymologiae*. Aportaciones al estudio de la transmisión del texto» en PÉREZ GONZÁLEZ, M. (Ed.) *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medicinal*, 1995, 29-46.

- (2002), *Introducción al Libro X de las Etimologías. Su lugar dentro de las Etimologías. Su valor como diccionario*, Logroño, Fundación de San Millán de la Cogolla.
- DE BRUYNE, E. (1963), *Historia de la Estética*. Vol. I: *La antigüedad griega y romana*. Trad. esp. de A. Suárez, Madrid.
- DE MEO, C. (1986), *Lingue tecniche del latino*, Bologna.
- DÍAZ Y DÍAZ, M.C. (1982), «Introducción» a Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, en OROZ RETA, J. - MARCOS CASQUERO, M.A. (Eds.) 1982, vol. I., 7-257.
- DI CAPUA, F. (1922) «Lo stile isidoriano nella retorica medievale e in Dante», en *Studi in onore de F. Tovarca*, Napoli, 233-259.
- ELORDUY, E. (1936) «San Isidoro. Unidad orgánica de su educación reflejada en sus escritos, la gramática ciencia totalitaria», *Miscellanea Isidoriana*, Roma, 293-322.
- FLEURY, PH. (1990), «Lex textes techniques de l'Antiquité. Sources, études et perspectives», *Euphrosyne* 28, 359-354.
- (1997-1998), «Dénomination générique, dénominations particulières. L'exemple des machines de levage en Latin», *Voces* 8-9, 171-189.
- FONTAINE, J. (1959), *Isidore de Séville et la culture classique dans L'Espagne visigothique*, Paris, 2 vols. (2ª edic. Paris 1983, 3 vols.).
- (1960a), *Isidore de Séville : Traité de la Nature*, Bordeaux.
- (1960b), «Théorie et pratique du style chez Isidore de Séville», *Vigiliae Christianae* 14, 65-101.
- (1972), «Fins et moyens de l'enseignement ecclésiastique dans l'Espagne wisigothique», *La scuola nell'Occidente latino dell'alto medioevo. XIX Settimane di Studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo* (1971), Spoleto 1, 145-202.
- (1978) «Cohérence et originalité de l'étymologie isidorienne», en Homenaje a Eleuterio Elorduy, S.J., Bilbao, 113-144 (= *Tradition et actualité chez Isidore de Séville. Variorum Reprints*, London, n° X).
- (1980), «King Sisebut' *Vita Desiderii* and the political Function of visigothic Hagiography» en JAMES, E. (ED.), *Visigothic Spain: New Approaches*, Oxford, 93-129.
- (2000) *Isidore de Séville. Genèse et originalité de la culture Hispanique au temps des Wisigoths*, Turnhout.
- GILSANZ STANGER, F. (2002, inéd.), *Un estudio léxico de la construcción en latín tardío: el vocabulario edilicio en los siglos VI-VII y su evolución desde el latín clásico*, Madrid. Memoria de investigación, Universidad Complutense.
- GÓMEZ PALLARÈS, J. (2003), *Studiosa Roma. Los géneros literarios en la cultura romana. Notas para su explicación, de Apio Claudio a Isidoro*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
- GONZÁLEZ TASCÓN, I. (2002) «La ingeniería civil romana» en GONZÁLEZ TASCÓN, I. (DIR.), *Artifex. Ingeniería civil romana en España. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 33-176.
- GROS, P. (1992), Vitruve, *De l'Architecture. Livre IV*, Texte établi, traduit et commenté par P. Gros, Paris, Les Belles Lettres.
- GROS, P. – CORSO, A. – ROMANO, E. (1997), Vitruvio, *De Architectura*. A cura di P.Gros. Traduzione e commento di A. Corso e E. Romano, Torino, 2 vols.
- LIU, B. – ZUINGHEDAU, M. – CAM, M.TH. (1995), Vitruve, *De l'Architecture. Livre VII*, Texte établi et traduit par B. Liou - M. Zuinghedau et commenté par M.Th. Cam, Paris, 1995, Les Belles Lettres.

- MAGALLÓN GARCÍA, A.I. (1996), *La tradición gramatical de Differentia y Etymologia hasta Isidoro de Sevilla*, Zaragoza.
- MARTÍN, J.C. (1995), «Un ejemplo de influencia de la *Vita Desiderii* de Sisebuto en la hagiografía merovingia», *Minerva* 9, 165-185.
- (2000), «Une nouvelle édition critique de la *Vita Desiderii* de Sisebut, accompagnée de quelques réflexions concernant le date des *Sententiae* et du *De uiris illustribus* d'Isidore de Séville», *Hagiographica* 7, 127-180.
- (2002), *La Renotatio librorum domini Isidori de Braulio de Zaragoza (+ 651). Introducción, edición crítica y traducción*, Logroño, Fundación San Millán de la Cogolla.
- MONTERO CARTELLE, E. (1997), «Prosa técnica no gramatical», en CODOÑER, C. (dir.), *Historia de la literatura latina*, Madrid, 795-817.
- (2001), «Del vulgarismo al tecnicismo. Características de la lengua técnica», en *Xe Congrès de la Fédération Internationale des associations d'Etudes Classiques*, Atenas, 577-607.
- (2003), «La literatura técnica latina de época tardía: aspectos lingüísticos y literarios», en ESTEFANÍA, D. – DOMÍNGUEZ, M. – AMADO, M^a T. (eds.), *Cuadernos de literatura griega y latina IV. El final del mundo antiguo como preludio de la Europa moderna*, Alcalá de Henares-Santiago de Compostela, 259-280.
- PANIAGUA, J.R. (1985⁴), *Vocabulario básico de arquitectura*, Madrid. Cuadernos de Arte Cátedra.
- PICHECA, C. (1988), «*Delubrum templi*», *Invigilata lucernis* 10, 253-261.
- PORZIG, W. (1937), «Die Rezensionen der Etymologiae des Isidorus von Sevilla», *Hermes* 72, 129-170.
- REW = MEYER-LÜBKE, W. (1935), *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg.
- RODRÍGUEZ-PANTOJA MÁRQUEZ, M. (1995), *Isidoro de Sevilla, Etimologías Libro XIX. De naves, edificios y vestidos. Introducción, edición crítica, traducción y notas*, Paris.
- SOFER, J. (1930), *Lateinisches und romanisches aus den Etymologiae des Isidorus von Sevilla*, Göttingen.
- SOUBIRAN, J. (1969), Vitruve, *De l'Architecture. Livre IX*, Texte établi, traduit et commenté par J. Soubiran, Paris, Les Belles Lettres.
- SCHWEICKARD, W. (1985), «*Etymologia est origo vocabulorum*. Zum Verständnis der Etymologiedefinition Isidors von Sevilla», *Historiographia Lingüistica* 12. 1-2, 1-25.
- TOSCO, C. (1993), «Isidoro di Siviglia e l'architettura dell'Alto Medioevo», *Studi Storici* 34.1, 95-124.
- VALASTRO, A. (1996) «Isidoro di Siviglia: la *uis uerbi* come riflesso dell'omnipotenza divina», *Cuadernos de Filología Clásica, Estudios Latinos* 10, 147-176.
- VELÁZQUEZ, I. (1994) «Léxico isidoriano en las Etimologías. Problemas para su estudio», *Euphrosyne* 22 (Homenaje a M.C. Díaz y Díaz), 235-243.
- (1997) «*Aedificiorum uenustas*: la recepción de un término clásico en Isidoro de Sevilla, *Etym.* 19, 11», *Antigüedad y Cristianismo* XIV, Murcia, 229-248.
- (2003), *Latine dicitur, uulgo uocant. Aspectos de la lengua escrita y hablada en las obras gramaticales de Isidoro de Sevilla*, Logroño, Fundación San Millán de la Cogolla.
- VELÁZQUEZ, I. - ESPIGARES, I (2002) «Glosario de términos de ingeniería civil, técnica, industria y oficios en latín», en GONZÁLEZ TASCÓN, I. (DIR.) (2002) *Artifex. Ingeniería civil romana en España. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 383-448.

